

«El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús»

Carta del Sumo Pontífice Benedicto XVI para la convocatoria de un Año Sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del «dies natalis» del santo Cura de Ars

Queridos hermanos en el Sacerdocio:

HE resuelto convocar oficialmente un «Año Sacerdotal» con ocasión del 150 aniversario del «dies natalis» de Juan María Vianney, el santo patrón de todos los párrocos del mundo, que comenzará el viernes 19 de junio de 2009, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús –jornada tradicionalmente dedicada a la oración por la santificación del clero–.¹ Este año desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo, y se concluirá en la misma solemnidad de 2010.

«*El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús*», repetía con frecuencia el santo Cura de Ars.² Esta conmovedora expresión nos da pie para reconocer con devoción y admiración el inmenso don que suponen los sacerdotes, no sólo para la Iglesia, sino también para la humanidad misma. Tengo presente a todos los presbíteros que con humildad repiten cada día las palabras y los gestos de Cristo a los fieles cristianos y al mundo entero, identificándose con sus pensamientos, deseos y sentimientos, así como con su estilo de vida. ¿Cómo no destacar sus esfuerzos apostólicos, su servicio infatigable y oculto, su caridad que no excluye a nadie? Y ¿qué decir de la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a pesar de las dificultades e incomprendimientos, perseveran en su vocación de «amigos de Cristo», llamados personalmente, elegidos y enviados por Él?

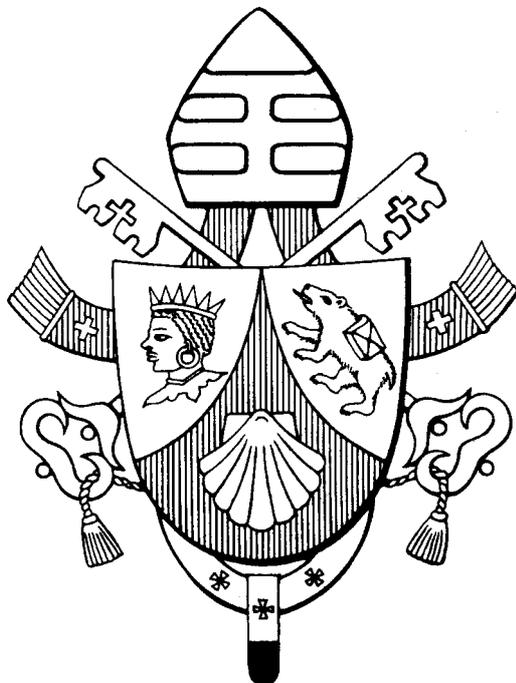
1. Así lo proclamó el sumo pontífice Pío XI en 1929.

2. *Le Sacerdoce, c'est l'amour du Coeur de Jésus* (in *Le Curé d'Ars. Sa pensée – Son coeur*. Présentés par l'abbé Bernard Nodet, éd. Xavier Mappus, Foi Vivante 1966, p. 98). En adelante: NODET. La expresión aparece citada también en el *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1589.

Todavía conservo en el corazón el recuerdo del primer párroco con el que comencé mi ministerio como joven sacerdote: fue para mí un ejemplo de entrega sin reservas al propio ministerio pastoral, llegando a morir cuando llevaba el viático a un enfermo grave. También repaso los innumerables hermanos que he conocido a lo largo de mi vida y últimamente en mis viajes pastorales a diversas naciones, comprometidos generosamente en el ejercicio cotidiano de su ministerio sacerdotal.

Pero la expresión utilizada por el santo Cura de Ars evoca también la herida abierta en el Corazón de Cristo y la corona de espinas que lo circunda. Y así, pienso en las numerosas situaciones de sufrimiento que aquejan a muchos sacerdotes, porque participan de la experiencia humana del dolor en sus múltiples manifestaciones o por las incomprendimientos de los destinatarios mismos de su ministerio: ¿Cómo no recordar tantos sacerdotes ofendidos en su dignidad, obstaculizados en su misión, a veces incluso perseguidos hasta ofrecer el supremo testimonio de la sangre?

Sin embargo, también hay situaciones, nunca bastante deploradas, en las que la Iglesia misma sufre por la infidelidad de algunos de sus ministros. En estos casos, es el mundo el que sufre el escándalo y el abandono. Ante estas situaciones, lo más conveniente para la Iglesia no es tanto resaltar escrupulosamente las debilidades de sus ministros, cuanto renovar el reconocimiento gozoso de la grandeza del don de Dios, plasmado en espléndidas figuras de pastores generosos, religiosos llenos de amor a Dios y a las almas, directores espirituales clarividentes y pacientes. En este sentido, la enseñanza y el ejemplo de san Juan María Vianney pueden ofrecer un punto de referencia significativo. El Cura de Ars era muy humilde, pero consciente de ser, como sacerdote, un inmenso don para su gente: «Un buen pas-



tor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina». ³ Hablaba del sacerdocio como si no fuera posible llegar a percibir toda la grandeza del *don* y de la *tarea* confiados a una criatura humana: «¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia...». ⁴ Explicando a sus fieles la importancia de los sacramentos decía: «Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... ¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo». ⁵ Estas afirmaciones, nacidas del corazón sacerdotal del santo párroco, pueden parecer exageradas. Sin embargo, revelan la altísima consideración en que tenía el sacramento del sacerdocio. Parecía sobrecogido por un inmenso sentido de la responsabilidad: «Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor... Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra... ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes... Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote y adorarán a las bestias... El sacerdote no es sacerdote para sí mismo, sino para vosotros». ⁶

Llegó a Ars, una pequeña aldea de 230 habitantes, advertido por el obispo sobre la precaria situación religiosa: «No hay mucho amor de Dios en esa parroquia; usted lo pondrá». Bien sabía él que tendría que encarnar la presencia de Cristo dando testimonio de la ternura de la salvación: «Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia; acepto sufrir todo lo que quieras durante toda mi vida». Con esta oración comenzó su misión. ⁷ El santo Cura de Ars

se dedicó a la conversión de su parroquia con todas sus fuerzas, insistiendo por encima de todo en la formación cristiana del pueblo que le había sido confiado.

QUERIDOS hermanos en el Sacerdocio, pidamos al Señor Jesús la gracia de aprender también nosotros el método pastoral de san Juan María Vianney. En primer lugar, su total identificación con el propio ministerio. En Jesús, Persona y misión tienden a coincidir: toda su obra salvífica era y es expresión de su «Yo filial», que está ante el Padre, desde toda la eternidad, en actitud de amorosa sumisión a su voluntad. De modo análogo y con toda humildad, también el sacerdote debe aspirar a esta identificación. Aunque no se puede olvidar que la eficacia sustancial del ministerio no depende de la santidad del ministro, tampoco se puede dejar de lado la extraordinaria fecundidad que se deriva de la confluencia de la santidad objetiva del ministerio con la subjetiva del ministro. El Cura de Ars emprendió en seguida esta humilde y paciente tarea de armonizar su vida como ministro con la santidad del ministerio confiado, «*viviendo*» incluso materialmente en su iglesia parroquial: «En cuanto llegó, consideró la iglesia como su casa... Entraba en la iglesia antes de la aurora y no salía hasta después del *Ángelus* de la tarde. Si alguno tenía necesidad de él, allí lo podía encontrar», se lee en su primera biografía. ⁸

La devota exageración del piadoso hagiógrafo no nos debe hacer perder de vista que el santo Cura de Ars también supo «hacerse presente» en todo el territorio de su parroquia: visitaba sistemáticamente a los enfermos y a las familias; organizaba misiones populares y fiestas patronales; recogía y administraba dinero para sus obras de caridad y para las misiones; adornaba la iglesia y la dotaba de paramentos sacerdotales; se ocupaba de las niñas huérfanas de la «*Providence*» (un instituto que fundó) y de sus formadoras; se interesaba por la educación de los niños; fundaba hermandades y llamaba a los laicos a colaborar con él.

Su ejemplo me lleva a poner de relieve los ámbitos de colaboración en los que se debe dar cada vez más cabida a los laicos, con los que los presbíteros forman un único pueblo sacerdotal ⁹ y entre los cuales, en virtud del sacerdocio ministerial, están puestos «para llevar a todos a la unidad del amor: “amándose mutuamente con amor fraterno, rivalizando en la estima mutua” (Rm 12,10)». ¹⁰ En este

3. NODÉ, p. 101.

4. *Ibid.*, p. 97.

5. *Ibid.*, pp. 98-99.

6. *Ibid.*, pp. 98-100.

7. *Ibid.*, p. 183.

8. A. Monnin, *Il Curato d'Ars. Vita di Gian-Battista-Maria Vianney*, vol. I, Ed. Marietti, Torino 1870, p. 122.

9. Cf. *Lumen gentium*, 10.

10. *Presbyterorum ordinis*, 9.

contexto, hay que tener en cuenta la encarecida recomendación del Concilio Vaticano II a los presbíteros de «reconocer sinceramente y promover la dignidad de los laicos y la función que tienen como propia en la misión de la Iglesia... Deben escuchar de buena gana a los laicos, teniendo fraternalmente en cuenta sus deseos y reconociendo su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana, para poder junto con ellos reconocer los signos de los tiempos».¹¹

EL santo Cura de Ars enseñaba a sus parroquianos sobre todo con el testimonio de su vida. De su ejemplo aprendían los fieles a orar, acudiendo con gusto al sagrario para hacer una visita a Jesús Eucaristía.¹² «No hay necesidad de hablar mucho para orar bien», les enseñaba el Cura de Ars. «Sabemos que Jesús está allí, en el sagrario: abrámosle nuestro corazón, alegrémonos de su presencia. Ésta es la mejor oración».¹³ Y les persuadía: «Venid a comulgar, hijos míos, venid donde Jesús. Venid a vivir de Él para poder vivir con Él...».¹⁴ «Es verdad que no sois dignos, pero lo *necesitáis*».¹⁵ Dicha educación de los fieles *en la presencia eucarística y en la comunión* era particularmente eficaz cuando lo veían celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Los que asistían decían que «no se podía encontrar una figura que expresase mejor la adoración... Contemplaba la hostia con amor».¹⁶ Les decía: «Todas las buenas obras juntas no son comparables al Sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres, mientras la Santa Misa es obra de Dios».¹⁷ Estaba convencido de que todo el fervor en la vida de un sacerdote dependía de la Misa: «La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la Misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que cele-

bra como si estuviese haciendo algo ordinario!».¹⁸ Siempre que celebraba, tenía la costumbre de ofrecer también la propia vida como sacrificio: «¡Cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!».¹⁹

Esta identificación personal con el sacrificio de la cruz lo llevaba —con una sola moción interior— del altar al confesonario. Los sacerdotes no deberían resignarse nunca a ver vacíos sus confesonarios ni limitarse a constatar la indiferencia de los fieles hacia este sacramento. En Francia, en tiempos del santo Cura de Ars, la confesión no era ni más fácil ni más frecuente que en nuestros días, pues el vendaval revolucionario había arrasado desde hacía tiempo la práctica religiosa. Pero él intentó por todos los medios, en la predicación y con consejos persuasivos, que sus parroquianos redescubriesen el significado y la belleza de la Penitencia sacramental, mostrándola como una íntima exigencia de la presencia eucarística. Supo iniciar así un

«*círculo virtuoso*». Con su prolongado estar ante el sagrario en la Iglesia, consiguió que los fieles comenzasen a imitarlo, yendo a visitar a Jesús, seguros de que allí encontrarían también a su párroco, disponible para escucharlos y perdonarlos. Al final, una muchedumbre cada vez mayor de penitentes, provenientes de toda Francia, lo retenía en el confesonario hasta dieciséis horas al día. Se comentaba que Ars se había convertido en «el gran hospital de las almas».²⁰ Su primer biógrafo afirma: «La gracia que conseguía [para que los pecadores se convirtiesen] era tan abundante que salía en su búsqueda sin dejarles un momento de tregua».²¹ En este mismo sentido, el santo Cura de Ars decía: «No es el pecador el que vuelve a Dios para pedirle perdón, sino Dios mismo quien va tras el pecador y lo hace volver a Él».²² «Este buen Salvador está tan lleno de amor que nos busca por todas partes».²³

Todos los sacerdotes hemos de considerar como dirigidas personalmente a nosotros aquellas palabras



11. Ibid.

12. «La contemplación es mirada de fe, fijada en Jesús. “Yo le miro y él me mira”, decía a su santo cura un campesino de Ars que oraba ante el sagrario»: *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2715.

13. NODET, p. 85.

14. Ibid., p. 114.

15. Ibid., p. 119.

16. A. MONNIN, o.c., II, pp. 430 ss.

17. NODET, p. 105.

18. Ibid., p. 105.

19. Ibid., p. 104.

20. A. MONNIN, o.c., II, p. 293.

21. Ibid., II, p. 10.

22. NODET, p. 128.

23. Ibid., p. 50.

que él ponía en boca de Jesús: «Encargaré a mis ministros que anuncien a los pecadores que estoy siempre dispuesto a recibirlos, que mi misericordia es infinita».²⁴ Los sacerdotes podemos aprender del santo Cura de Ars no sólo una confianza infinita en el sacramento de la Penitencia, que nos impulse a ponerlo en el centro de nuestras preocupaciones pastorales, sino también el método del «diálogo de salvación» que en él se debe entablar. El Cura de Ars se comportaba de manera diferente con cada penitente. Quien se acercaba a su confesonario con una necesidad profunda y humilde del perdón de Dios, encontraba en él palabras de ánimo para sumergirse en el «torrente de la divina misericordia» que arrastra todo con su fuerza. Y si alguno estaba afligido por su debilidad e inconstancia, con miedo a futuras recaídas, el Cura de Ars le revelaba el secreto de Dios con una expresión de una belleza conmovedora: «El buen Dios lo sabe todo. Antes incluso de que se lo confeséis, sabe ya que pecaréis nuevamente y sin embargo os perdona. ¡Qué grande es el amor de nuestro Dios que *le lleva incluso a olvidar voluntariamente el futuro*, con tal de perdonarnos!».²⁵ A quien, en cambio, se acusaba de manera fría y casi indolente, le mostraba, con sus propias lágrimas, la evidencia seria y dolorosa de lo «abominable» de su actitud: «Lloro porque vosotros no lloráis»,²⁶ decía. «Si el Señor no fuese tan bueno... *pero lo es*. Hay que ser un bárbaro para comportarse de esta manera ante un Padre tan bueno».²⁷ Provocaba el arrepentimiento en el corazón de los tibios, obligándoles a ver con sus propios ojos el sufrimiento de Dios por los pecados como «encarnado» en el rostro del sacerdote que los confesaba. Si alguno manifestaba deseos y actitudes de una vida espiritual más profunda, le mostraba abiertamente las profundidades del amor, explicándole la inefable belleza de vivir unidos a Dios y estar en su presencia: «Todo bajo los ojos de Dios, todo con Dios, todo para agradar a Dios... ¡Qué maravilla!».²⁸ Y les enseñaba a orar: «Dios mío, concédeme la gracia de amarte tanto cuanto yo sea capaz».²⁹

El Cura de Ars consiguió en su tiempo cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque fue capaz de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor. Urge también en nuestro tiempo un anuncio y un testimonio similar de la verdad del Amor: *Deus caritas est* (1 Jn 4, 8). Con la palabra y con los sacramentos de su Jesús, Juan María Vianney edifica-

ba a su pueblo, aunque a veces se agitaba interiormente porque no se sentía a la altura, hasta el punto de pensar muchas veces en abandonar las responsabilidades del ministerio parroquial para el que se sentía indigno. Sin embargo, con un sentido de la obediencia ejemplar, permaneció siempre en su puesto, porque lo consumía el celo apostólico por la salvación de las almas. Se entregaba totalmente a su propia vocación y misión con una ascesis severa: «La mayor desgracia para nosotros los párrocos – deploraba el Santo – es que el alma se endurezca»; con esto se refería al peligro de que el pastor se acostumbre al estado de pecado o indiferencia en que viven muchas de sus ovejas.³⁰ Dominaba su cuerpo con vigiliias y ayunos para evitar que opusiera resistencia a su alma sacerdotal. Y se mortificaba voluntariamente en favor de las almas que le habían sido confiadas y para unirse a la expiación de tantos pecados oídos en confesión. A un hermano sacerdote, le explicaba: «Le diré cuál es mi receta: doy a los pecadores una penitencia pequeña y el resto lo hago yo por ellos».³¹ Más allá de las penitencias concretas que el Cura de Ars hacía, el núcleo de su enseñanza sigue siendo en cualquier caso válido para todos: las almas cuestan la sangre de Cristo y el sacerdote no puede dedicarse a su salvación sin participar personalmente en el «alto precio» de la Redención.

EN la actualidad, como en los tiempos difíciles del Cura de Ars, es preciso que los sacerdotes, con su vida y obras, se distingan por un *vigoroso testimonio evangélico*. Pablo VI ha observado oportunamente: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan, es porque dan testimonio».³² Para que no nos quedemos existencialmente vacíos, comprometiendo con ello la eficacia de nuestro ministerio, debemos preguntarnos constantemente: «¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento?».³³ Así como Jesús llamó a los Doce para que estuvieran con Él (cf. Mc 3, 14), y sólo después los mandó a predicar, también en nuestros días los sacerdotes están llama-

24. *Ibíd.*, p. 131.

25. *Ibíd.*, p. 130.

26. *Ibíd.*, p. 27.

27. *Ibíd.*, p. 139.

28. *Ibíd.*, p. 28.

29. *Ibíd.*, p. 77.

30. *Ibíd.*, p. 102.

31. *Ibíd.*, p. 189.

32. *Evangelii nuntiandi*, 41.

33. Benedicto XVI, *Homilía en la solemne Misa crismal*, 9 de abril de 2009.

dos a asimilar el «nuevo estilo de vida» que el Señor Jesús inauguró y que los Apóstoles hicieron suyo.³⁴

La identificación sin reservas con este «nuevo estilo de vida» caracterizó la dedicación al ministerio del Cura de Ars. El papa Juan XXIII en la carta encíclica *Sacerdotii nostri primordia*, publicada en 1959, en el primer centenario de la muerte de san Juan María Vianney, presentaba su fisonomía ascética refiriéndose particularmente a los tres consejos evangélicos, considerados como necesarios también para los presbíteros: «Y, si para alcanzar esta santidad de vida, no se impone al sacerdote, en virtud del estado clerical, la práctica de los consejos evangélicos, ciertamente que a él, y a todos los discípulos del Señor, se le presenta como el camino real de la santificación cristiana».³⁵ El Cura de Ars supo vivir los «consejos evangélicos» de acuerdo a su condición de presbítero. En efecto, su *pobreza* no fue la de un religioso o un monje, sino la que se pide a un sacerdote: a pesar de manejar mucho dinero (ya que los peregrinos más pudientes se interesaban por sus obras de caridad), era consciente de que todo era para su iglesia, sus pobres, sus huérfanos, sus niñas de la «*Providence*»,³⁶ sus familias más necesitadas. Por eso «era rico para dar a los otros y era muy pobre para sí mismo».³⁷ Y explicaba: «Mi secreto es simple: dar todo y no conservar nada».³⁸ Cuando se encontraba con las manos vacías, decía contento a los pobres que le pedían: «Hoy soy pobre como vosotros, soy uno de vosotros».³⁹ Así, al final de su vida, pudo decir con absoluta serenidad: «No tengo nada... Ahora el buen Dios me puede llamar cuando quiera».⁴⁰ También su *castidad* era la que se pide a un sacerdote para su ministerio. Se puede decir que era la castidad que conviene a quien debe tocar habitualmente con sus manos la Eucaristía y contemplarla con todo su corazón arrebatado y con el mismo entusiasmo la distribuye a sus fieles. Decían de él que «la castidad brillaba en su mirada», y los fieles se daban cuenta cuando clavaba la mirada en el sagrario con los ojos de un enamorado.⁴¹

34. Cf. Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la Asamblea plenaria de la Congregación para el Clero*, 16 de marzo de 2009.

35. P. I.

36. Nombre que dio a la casa para la acogida y educación de sesenta niñas abandonadas. Fue capaz de todo con tal de mantenerla: «J'ai fait tous les commerces imaginables», decía sonriendo (NODET, p. 214).

37. NODET, p. 216.

38. *Ibíd.*, p. 215.

39. *Ibíd.*, p. 216.

40. *Ibíd.*, p. 214.

41. Cf. *Ibíd.*, p. 112.

También la *obediencia* de san Juan María Vianney quedó plasmada totalmente en la entrega abnegada a las exigencias cotidianas de su ministerio. Se sabe cuánto le atormentaba no sentirse idóneo para el ministerio parroquial y su deseo de retirarse «a llorar su pobre vida, en soledad».⁴² Sólo la obediencia y la pasión por las almas conseguían convencerlo para seguir en su puesto. A los fieles y a sí mismo explicaba: «No hay dos maneras buenas de servir a Dios. Hay una sola: servirlo como Él quiere ser servido».⁴³ Consideraba que la regla de oro para una vida obediente era: «Hacer sólo aquello que puede ser ofrecido al buen Dios».⁴⁴

EN el contexto de la espiritualidad apoyada en la práctica de los consejos evangélicos, me complace invitar particularmente a los sacerdotes, en este Año dedicado a ellos, a percibir la nueva primavera que el Espíritu está suscitando en nuestros días en la Iglesia, a la que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades han contribuido positivamente. «El Espíritu es multiforme en sus dones... Él sopla donde quiere. Lo hace de modo inesperado, en lugares inesperados y en formas nunca antes imaginadas... Él quiere vuestra multiformidad y os quiere para el único Cuerpo».⁴⁵ A este propósito vale la indicación del decreto *Presbyterorum ordinis*: «Examinando los espíritus para ver si son de Dios, [los presbíteros] han de descubrir mediante el sentido de la fe los múltiples carismas de los laicos, tanto los humildes como los más altos, reconocerlos con alegría y fomentarlos con empeño».⁴⁶ Dichos dones, que llevan a muchos a una vida espiritual más elevada, pueden hacer bien no sólo a los fieles laicos sino también a los ministros mismos. La comunión entre ministros ordenados y carismas «puede impulsar un renovado compromiso de la Iglesia en el anuncio y en el testimonio del Evangelio de la esperanza y de la caridad en todos los rincones del mundo».⁴⁷ Quisiera añadir además, en línea con la exhortación apostólica *Pastores dabó vobis* del papa Juan Pablo II, que el ministerio ordenado tiene una radical «*forma comunitaria*» y sólo puede

42. Cf. *Ibíd.*, pp. 82-84; 102-103.

43. *Ibíd.*, p. 75.

44. *Ibíd.*, p. 76.

45. Benedicto XVI, *Homilía en la celebración de las primeras vísperas en la vigilia de Pentecostés*, 3 de junio de 2006.

46. N. 9.

47. Benedicto XVI, *Discurso a un grupo de obispos amigos del movimiento de los Focolares y a otro de amigos de la Comunidad de San Egidio*, 8 de febrero de 2007.

48. Cf. n. 17.

ser desempeñado en la comunión de los presbíteros con su obispo.⁴⁸ Es necesario que esta comunión entre los sacerdotes y con el propio obispo, basada en el sacramento del Orden y manifestada en la concelebración eucarística, se traduzca en diversas formas concretas de fraternidad sacerdotal efectiva y afectiva.⁴⁹ Sólo así los sacerdotes sabrán vivir en plenitud el don del celibato y serán capaces de hacer florecer comunidades cristianas en las cuales se repitan los prodigios de la primera predicación del Evangelio.

EL Año Paulino que está por concluir orienta nuestro pensamiento también hacia el Apóstol de los Gentiles, en quien podemos ver un espléndido modelo sacerdotal, totalmente «entregado» a su ministerio. «Nos apremia el amor de Cristo –escribía–, al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron» (2 Co 5, 14). Y añadía: «Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos» (2 Co 5, 15). ¿Qué mejor programa se podría proponer a un sacerdote que quiera avanzar en el camino de la perfección cristiana?

Queridos sacerdotes, la celebración del ciento cincuenta aniversario de la muerte de san Juan María Vianney (1859) viene inmediatamente después de las celebraciones apenas concluidas del 150 aniversario de las apariciones de Lourdes (1858). Ya en 1959, el beato papa Juan XXIII había hecho notar: «Poco antes de que el Cura de Ars terminase su carrera tan llena de méritos, la Virgen Inmaculada se había aparecido en otra región de Francia a una joven humilde y pura, para comunicarle un mensaje de oración y de penitencia, cuya inmensa resonancia espiritual es bien conocida desde hace un siglo. En realidad, la vida de este sacerdote cuya memoria celebramos, era anticipadamente una viva ilustración de las grandes verdades sobrenaturales enseñadas a

49. Cf. Juan Pablo II, exhort. ap. *Pastores dabo vobis*, 74.

la vidente de Massabielle. Él mismo sentía una devoción vivísima hacia la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen; él, que ya en 1836 había consagrado su parroquia a María concebida sin pecado, y que con tanta fe y alegría había de acoger la definición dogmática de 1854».⁵⁰ El santo Cura de Ars recordaba siempre a sus fieles que «Jesucristo, cuando nos dio todo lo que nos podía dar, quiso hacernos herederos de lo más precioso que tenía, es decir de su Santa Madre».⁵¹

CONFÍO este Año Sacerdotal a la Santísima Virgen María, pidiéndole que suscite en cada presbítero un generoso y renovado impulso de los ideales de total donación a Cristo y a la Iglesia que inspiraron el pensamiento y la tarea del santo Cura de Ars. Con su ferviente vida de oración y su apasionado amor a Jesús crucificado, Juan María Vianney alimentó su entrega cotidiana sin reservas a Dios y a la Iglesia. Que su ejemplo fomenta en los sacerdotes el testimonio de unidad con el obispo, entre ellos y con los laicos, tan necesario hoy como siempre. A pesar del mal que hay en el mundo, conservan siempre su actualidad las palabras de Cristo a sus discípulos en el Cenáculo: «En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33). La fe en el Maestro divino nos da la fuerza para mirar con confianza el futuro. Queridos sacerdotes, Cristo cuenta con vosotros. A ejemplo del santo Cura de Ars, dejaos conquistar por Él y seréis también vosotros, en el mundo de hoy, mensajeros de esperanza, reconciliación y paz.

Con mi bendición.
Vaticano, 16 de junio de 2009.

BENEDICTUS PP. XVI

50. Carta enc. *Sacerdotii nostri primordia*, P. III.

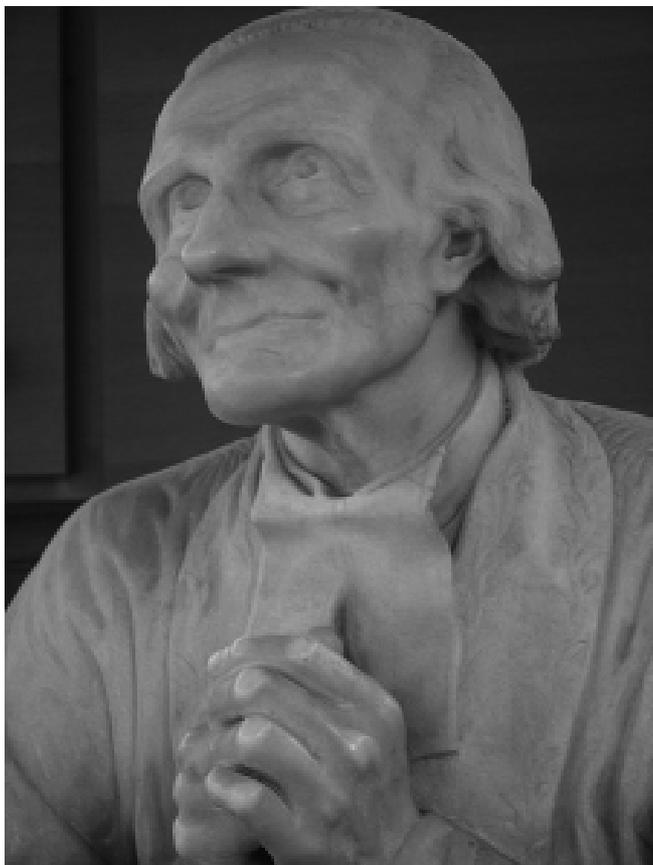
51. NODET, p. 244.

Pensamientos del Cura de Ars

El Espíritu Santo es el conductor del alma; sin Él, ella no puede nada. El alma poseída por Él es como una uva de la que sale un licor delicioso cuando se la exprime. Sin el Espíritu Santo el alma es como una piedra de la que no puede sacarse nada.

«Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote»

CARLOS MAS DE XAXARS, PBRO.



*Detalle de una estatua del Cura de Ars,
obra de Emilien Cabuchet (1867)*

Un año con san Juan M^a Vianney

A lo largo de sus años de pontificado el papa Benedicto XVI ha recurrido con frecuencia en sus catequesis al hilo histórico de las vidas y enseñanzas de los santos dejándonos ya ahora un riquísimo material de conocimiento y reflexión donde poder encontrar inspiración para la tarea siempre necesaria de penetrar más y más en el misterio de Cristo, nuestro Salvador.

Siguiendo aquella iniciativa del papa Juan Pablo II que invitó a la Iglesia a preparar el año 2000 con una meditación de tres años sobre cada una de las personas de la Santísima Trinidad, Benedicto XVI ha buscado también motivos de catequesis y celebración para todo un año que diesen lugar a un itinerario de seguimiento de Cristo de la mano de un santo.

Así de 2008 a 2009 hemos celebrado el Año Paulino que nos dejó unas catequesis del Papa que

pueden ser libro de cabecera para quienes quieran fortalecer su amor a Cristo que se nos da en la Iglesia en la voz y la vida de san Pablo.

De nuevo el Papa ha escogido un lema, y un santo para ilustrarlo, en este itinerario de junio de 2009 a junio de 2010. Ha proclamado un Año Sacerdotal con el lema «Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote» para renovar en la Iglesia el amor al sacerdocio como fruto del mejor conocimiento de la experiencia sacerdotal de san Juan M^a. Vianney, hasta ahora patrono sólo de los sacerdotes párrocos y de quien el papa quiere extender el patronazgo a todos los sacerdotes.

Crisis de fidelidad: el orgullo

Como respuesta a situaciones globales de crisis en la vida cristiana es recurrente en la historia de la Iglesia el esfuerzo de reforma «ad intra»: no buscar tanto «fuera» las causas de ella como reconocer su origen en la infidelidad interna de los miembros de la Iglesia e impulsar, por tanto, una reforma que se iniciará en los sacerdotes para llegar a todo el pueblo cristiano.

En cada crisis es posible encontrar matices y aspectos propios que no faltan en la que actualmente vivimos a cuyo diagnóstico y cura quiere ayudar este Año Sacerdotal, pues lo primero es aceptar y reconocer su realidad, la que hizo exclamar a Pablo VI: «el humo de Satanás ha penetrado en la Iglesia». Recordemos la descripción de los Ejercicios de san Ignacio al contraponer, en la meditación de Dos Banderas a Cristo, humilde, cercano y amable, a Satanás, sentado en un trono rodeado de humo, que es el orgullo.

La crisis actual está marcada profundamente por el orgullo intelectual de los que se dan unos a otros títulos, honores, fama y certificados de «saber» que la Iglesia «debe» evolucionar y «cómo» debe hacerlo, convencidos de que la crisis es consecuencia de no haber seguido «avanzando» en el camino por ellos enseñado; queda poco del «quien a vosotros oye a Mi me oye». Siempre lejos de la profunda comprensión de san Francisco al recibir la llamada a «restaurar la iglesia» quien nunca pensó que debía «restaurar» a los demás sino ¡únicamente a sí mismo!

Respuesta nuclear a la crisis

De la respuesta que da el Papa con el Año Sacerdotal a los tiempos de crisis de la fe y de la civilización cristiana que nos envuelve y ahoga, especialmente en los países de más larga tradición cristiana, se infiere una parte de su diagnóstico expresado en muchas ocasiones: el hombre y la sociedad necesitan reconocer la realidad del pecado y aceptar a Cristo como el único Salvador. Debe superarse el reduccionismo de ver sólo el mal social, consecuencia del relativismo doctrinal y reencontrar el camino de la necesaria obra redentora de Cristo reconociendo sólo en Él el Camino, la Verdad y la Vida.

Enlazando con el Año Paulino el Papa nos exhorta a «recoger la invitación del Apóstol a profundizar en el conocimiento del misterio de Cristo, para que sea Él el corazón y el centro de nuestra existencia personal y comunitaria. Ésta es, de hecho, la condición indispensable para una verdadera renovación espiritual y eclesial».

San Pablo y san Juan M^a Vianney

TAN diferentes en cualidades y aptitudes, Benedicto XVI expone acerca de ambos que «hay algo fundamental que les une: y es su total identificación con su propio ministerio, su comunión con Cristo que hacía decir a san Pablo: “No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”. Y a san Juan María Vianney le gustaba repetir: “Si tuviésemos fe, veríamos a Dios escondido en el sacerdote como una luz tras el cristal, como el vino mezclado con el agua”».

El Papa expresó su deseo de que este Año Sacerdotal recién inaugurado favorezca «la tensión de todo presbítero hacia la perfección espiritual de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio».

Se trata, concluyó, de «ayudar ante todo a los sacerdotes, y con ellos al entero Pueblo de Dios, a redescubrir y revigorizar la conciencia del extraordinario e indispensable don de la gracia que el ministerio ordinario representa para quien lo ha recibido, para la Iglesia entera y para el mundo, que sin la presencia real de Cristo estaría perdido».

«El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús»

Si es verdad que la invitación de Jesús a «permanecer en su amor» (Cf. Juan 15, 9) se dirige a todo bautizado, en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, Jornada de Santificación Sacer-

dotal, esta invitación resuena con mayor fuerza para los sacerdotes. Por esto el Papa estableció este día como el inicio del Año Sacerdotal.

En el *Catecismo de la Iglesia católica* se cita esta frase del Cura de Ars: «El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús» (n. 1589). No estamos, pues, ante una actitud puramente devocional sino ante una afirmación realmente nuclear de la fe católica: de este Corazón ha manado el don del ministerio sacerdotal. La misión del sacerdote es indispensable para la Iglesia y para el mundo y exige fidelidad plena a Cristo y una incesante unión con Él; es decir, exige buscar constantemente la santidad como hizo san Juan María Vianney.

Para ser ministros al servicio del Evangelio es ciertamente útil y necesario el estudio con una atenta y permanente formación pastoral, pero todavía es más necesaria esa «ciencia del amor», que sólo se aprende de «corazón a corazón» con Cristo. Él llama al sacerdote a partir el pan de su amor, a perdonar los pecados y a guiar al rebaño en su nombre. Precisamente por este motivo no tenemos que alejarnos nunca del manantial del Amor que es su Corazón atravesado en la cruz.

Explicando a sus fieles la importancia de los sacramentos decía: «Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? ¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo».

Un año de oración de, con y por los sacerdotes

POR un misterioso designio de la Providencia Pío XI proclamó santos al mismo tiempo, el 31 de mayo de 1925, a Juan Eudes, precursor de la devoción al Corazón de Jesús y al Cura de Ars. Dijo así a los sacerdotes: «Entregaos a Jesús para entrar en la inmensidad de su gran Corazón, que contiene el Corazón de su santa Madre y de todos los santos, y para perderos en este abismo de amor, de caridad, de misericordia, de humildad, de pureza, de paciencia, de sumisión y de santidad» (*Coeur admirable*, III, 2).

Este debe ser un año de oración de los sacerdotes, con los sacerdotes y por los sacerdotes, un año de renovación de la espiritualidad del presbiterio y de cada sacerdote.

Año Sacerdotal en conmemoración del 150 aniversario del nacimiento del santo Cura de Ars

JOSÉ MARÍA ALSINA CASANOVA, HNSSC

«Un año para redescubrir la belleza y la importancia del sacerdocio y para la promoción de las vocaciones». Con esta intención el papa Benedicto XVI iniciaba el pasado 19 de junio, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, un año sacerdotal para toda la Iglesia.

Nos fijaremos en estos dos elementos que la Iglesia quiere poner de relieve en este año jubilar: la belleza y la importancia del sacerdocio.

Redescubrir la belleza del sacerdocio

LA belleza del sacerdocio se deriva de su misma esencia que es el sacerdocio de Cristo. Si de Cristo decimos que «es el más bello de los hombres y en sus labios se derrama la gracia» (Salmo 44), el modo concreto con el que Cristo muestra la belleza y el esplendor de su gloria es en el ejercicio de su sacerdocio que se inicia en el mismo instante de la Encarnación y que se consuma de una manera definitiva en el ara de la cruz. Jesús, el Hijo de Dios, es sacerdote en el seno de María Virgen, es sacerdote en Belén, en Nazaret, en su vida pública y en la cruz y desde su Resurrección y Ascensión a los cielos ejerce su sacerdocio intercediendo por nosotros a la derecha del Padre. «De ahí que pueda salvar perfectamente a los que por Él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor» (Hb 7, 25). El «canal» concreto a través del cual Cristo ejerce su sacerdocio eterno y universal es el de su humanidad santísima, que, siempre unida a su divinidad y ofrecida en sacrificio, se ha convertido en puerta y en camino que conduce al hombre a la amistad con Dios y a su unión íntima.

De este sacerdocio participamos todos los cristianos en virtud de nuestra consagración bautismal, sin embargo, como reza el prefacio de las ordenaciones, Jesucristo «no sólo confiere el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino también, con amor de hermano, elige a hombres de ese pueblo, para que, por la imposición de las manos, participen en su sagrada misión». El sacerdocio de Cristo se actualiza en la Iglesia patente, singular y personalmente a través de aquellos que por la imposición de las manos han sido agregados al orden de los presbíteros. De esto se concluye, que la belleza

del sacerdocio católico consiste precisamente en hacer presente el sacerdocio de Cristo, su entrega permanente por los hombres, «cooperando eficazmente al misterioso “diseño del Padre” que consiste en hacer de «Cristo el Corazón del mundo». Diseño que se realiza en la historia en la medida en que Jesús se convierte en el Corazón de los corazones humanos».¹

A esta «belleza» del sacerdocio instituido por Cristo se han referido en repetidas ocasiones los pontífices de los últimos tiempos en sus cartas y alocuciones. De esta «belleza» nos hablan, muy cercanos a nosotros, la vida y el testimonio de tantos sacerdotes santos, pastores «según el Corazón de Jesús»; comenzando por los papas del siglo pasado y pasando por pastores eximios en su santidad como Maximiliano Kolbe, Josemaría Escrivá de Balaguer o el padre Pío de Pietrelcina, sin olvidar el testimonio heroico de tantos ministros del altar que han consumado su entrega con el sacrificio supremo del martirio. Unidos a estos testimonios tenemos que hacer memoria de quienes han ejercido y ejercen su sacerdocio con fidelidad y amor a la Iglesia, muchas veces en el anonimato, en la sencillez de sus parroquias y ministerios, en medio, tantas veces, de la incomprensión y del rechazo. A ellos se refería el Papa en su carta al inicio del Año Sacerdotal: «¿Cómo no destacar sus esfuerzos apostólicos, su servicio infatigable y oculto, su caridad que no excluye a nadie? Y ¿qué decir de la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a pesar de las dificultades e incomprensiones, perseveran en su vocación de «amigos de Cristo», llamados personalmente, elegidos y enviados por Él?».²

Junto a esta luz que han proyectado los sacerdotes santos sobre la Iglesia y el mundo, con tristeza hay que reconocer que no pocas veces han aparecido los negros nubarrones de la infidelidad, el antitestimonio, la mediocridad, incluso el escándalo por parte de un número considerable de ministros del altar. «A este respecto —refería el Papa en su car-

1. Benedicto XVI, *Homilía en las Vísperas del Sagrado Corazón de Jesús*, 19 de junio de 2009.

2. Benedicto XVI, *Carta para la convocatoria del Año Sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del «dies natalis» del santo Cura de Ars*, 16 de junio de 2009.

ta para el Año Sacerdotal— ¿cómo olvidar que nada hace sufrir más a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, que los pecados de sus pastores, sobre todo de aquellos que se convierten en «ladrones de las ovejas» (cf. Jn 10, 1 ss), ya sea porque se desvían con sus doctrinas privadas, ya sea porque las atan con lazos de pecado y de muerte».

Con el deseo de que la belleza del sacerdocio brille sobre esta oscuridad, el papa Benedicto XVI, convocaba este Año Sacerdotal presentándonos el misterio del sacerdote con aquellas palabras de san Juan María Vianney. «El sacerdocio es el Amor del Corazón de Jesús». Partiendo de esta definición el Santo Padre proponía a los sacerdotes tres aspectos sobre los que trabajar para emprender con ilusión y esperanza este tiempo de renovación sacerdotal. Primero: el sacerdocio que ha brotado del Amor del Corazón de Jesús debe de nutrirse y configurarse desde la intimidad con Cristo: «Para ser ministros al servicio del Evangelio es ciertamente útil el estudio, con una esmerada y permanente formación teológica y pastoral, pero más necesaria es la «ciencia del amor» que sólo se aprende de «corazón a corazón» con Cristo». ³ Segundo: desde ese Amor el sacerdote debe sentir una constante invitación a acercarse a la Misericordia divina y como consecuencia de ello a la conversión personal. Tercero: ese amor debe hacer del sacerdote el ministro que ayuda a los fieles a experimentar el Amor misericordioso del Señor.

La necesidad e importancia del sacerdote en el mundo de hoy

SON muchas las razones en las que tendríamos que detenernos a la hora de abordar este aspecto sobre la necesidad e importancia del sacerdocio hoy, pero queríamos centrarnos en la que podemos considerar «principal» y de las que se derivan las demás. Se trata de la vinculación del sacerdocio al sacramento de la Eucaristía. En la Última Cena el Señor quiso unir para siempre estos dos sacramentos. Desde aquel momento el sacerdote configura la Eucaristía y el sacerdote es configurado por este sagrado misterio. «En ella, actuando en la persona de Cristo y proclamando su misterio, une la ofrenda de los fieles al sacrificio de su Cabeza; actualiza y aplica en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor, el único sacrificio de la Nueva Alianza: el de Cristo, que se ofrece al Padre de una vez para siempre como hostia inmaculada». ⁴ En efecto, no hay Eucaristía sin sacerdotes. El Señor no puede caminar con su Pueblo, ni el Pueblo puede

3. Ibid.

4. CIC 1566.

marchar hacia su Señor, si no se renueva su presencia viva, salvadora, en el altar. La contemporaneidad de Cristo con cada generación, con cada hombre, con cada comunidad cristiana, sólo es posible si se actualiza, si se revive, el misterio de la Redención a través del gran milagro de la Eucaristía, desde las manos y los labios del sacerdote. El sacerdote es esperanza del mundo por la Eucaristía. En ella Cristo renueva cada día su obra redentora e infunde en los hombres día tras día un soplo de esperanza. Desde esta perspectiva comprendemos la importancia que, para la Iglesia y para los hombres, reviste la figura del sacerdote. Allí donde hay un hombre que con fe y amor acoge el llamamiento de Cristo al sacerdocio, allí habrá la posibilidad de prolongar su Redención mediante la Eucaristía; allí muchos hombres y mujeres podrán tocar, palpar, sentirse cercanos al Salvador, único sumo sacerdote de la nueva Alianza. Si es verdad que la Eucaristía es el centro polarizador de la vida cristiana y de la vida del mundo, el sacerdote es indispensable para la Iglesia y para la humanidad. Si vivir sin Dios es vivir sin esperanza, el sacerdote que hace presente a Dios en la Eucaristía, es el hombre de la esperanza. Sin sacerdote no podremos tener Eucaristía y sin Eucaristía la vida de fe en la sociedad languidece abriendo las puertas al paganismo y a la secularización. Decía el santo Cura de Ars: «Donde no hay sacerdotes, no hay sacrificio, y donde no hay sacrificio, no hay religión», refiriéndose al sacrificio de Cristo en la Santa Misa. No sin temblor y cierto temor ofrecemos esta reflexión pensando en tantos lugares de la vieja Europa y concretamente de España en los que se vive un verdadero desierto vocacional y una edad media del clero muy avanzada.

Si en nuestros días hay muchos lugares donde no se considera «necesaria e importante» la presencia del sacerdote, es porque se ha perdido el «hambre» del alimento eucarístico. El primer paso para que «resurja» esta conciencia de la necesidad e importancia del sacerdocio es suscitar el hambre de Dios y concretamente de Eucaristía, en el seno de las familias cristianas, de los jóvenes y de los niños, fomentando una participación eucarística más cuidada y frecuente por parte de los pastores y de los fieles, preparándose adecuadamente mediante la recepción frecuente del sacramento de la Penitencia, cultivando la adoración eucarística en sus múltiples manifestaciones (adoración nocturna y perpetua, visitas al Santísimo Sacramento, Horas Santas...) y potenciando que los niños varones ayuden como acólitos y monaguillos en la celebración de la Misa. Pensemos que este es el «secreto» de aquellas parroquias, comunidades y movimientos que hoy en medio del «desierto vocacional» que padece la vieja



Europa están siendo fuente de abundantes vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa.

Un acontecimiento en este Año Sacerdotal

PARA concluir nuestra reflexión queríamos referirnos a un acontecimiento que sin duda alguna proyectará una luz grande sobre el sacerdocio. En efecto en el contexto de este año jubilar la Iglesia nos propondrá como modelo de santidad a un sacerdote que a pesar de su brevísima vida sacerdotal fue elegido por el Señor para mostrar de una manera excelente que el «Sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús». Nos referimos al P. Bernardo de Hoyos, S.I. (1711-1735), que será beatificado en Valladolid el próximo 18 de abril. Su vida ejemplar y el testimonio de sus escritos servirán para recordarnos como la belleza del sacerdocio brota de su unión con el Corazón eucarístico de Jesús. Con uno de sus escritos nos quedamos para con él dar gracias a Dios por el don inmenso del sacerdocio y

pedirle que al estilo del P. Bernardo de Hoyos, haya muchos y santos sacerdotes que sean reflejo del «Amor del Corazón de Jesús»:

«En la Misa es donde tengo mi alegría, todo mi consuelo y alivio en medio de las mayores aflicciones. En ella se me dan sentimientos altísimos de la majestad de aquel Señor, cuya presencia siento tan palpablemente que me hallo inmutado desde la consagración. En el tiempo de consumir, son especiales rayos de luz con los que se ilustra mi fe y los ardores soberanos en que se abrasa el alma, que se entiende allá con el Corazón de Dios. Hasta aquí tenía grande confianza en mis oraciones y peticiones, escribiendo en la intercesión de Jesús; ahora no dudo conseguir cuanto pido, si es para mayor gloria de Dios. Paréceme que en el altar no me puede negar nada el Eterno Padre, porque me revisto de una santa animosidad magnánima fiado en lo que ofrezco (...)».⁵

5. Escritos espirituales, 1735.

Pensamientos del Cura de Ars

La adversidad engendra paciencia y la paciencia, esperanza.

* * *

La esperanza es lo que nos hace felices en la tierra.

Rasgos de la espiritualidad sacerdotal a partir de santa Teresa de Lisieux

MN. PERE MONTAGUT I PIQUET

EL descubrimiento de santa Teresita tuvo lugar en el monasterio de Poblet, un verano de seminarista y en el refectorio, mientras se leían sus *Manuscritos autobiográficos*. Desde aquel momento, la sintonía con la Santa se ha desarrollado hasta ser la amiga de Dios que te invita a crecer hasta Aquel que ella ya posee plenamente. Cuando, el día de la ordenación –usando sus mismas palabras–, deseaba de Cristo *revestirme de su propia Justicia y recibir de su amor la eterna posesión de Él mismo*, se consolidaba una intuición: en la soledad del claustro de Poblet mi espíritu había sido el libro abierto en el que Teresita leía mejor que yo mismo.

Estudiando la espiritualidad de los diarios íntimos de mosén Pere Tarrés me di cuenta de la influencia de la Santa en una vida sacerdotal. En los años de estudio en Roma la entendí en el marco de la teología espiritual y en Lisieux –mientras celebraba la vigilia pascual– sellaba la sintonía primera y la amistad posterior con una misión sacerdotal informada por su mismo carácter. Actualmente, a través del ministerio pastoral como rector de una parroquia, profesor de teología espiritual, predicador de Ejercicios o director espiritual tengo ocasión de comprobar su inspiración. Ella me ha enseñado a amar mi realidad y a no soñar otra para vivir en amistad divina.

A continuación me propongo ofrecer –de forma casi esquemática– los seis puntos que considero el eje alrededor del cual estructurar la vida espiritual del sacerdote (obispo y presbítero) de acuerdo con las enseñanzas de la Santa. Seis puntos que no pretenden ser definitivos ni agotan nada, pero que pueden ser una ayuda para la renovación espiritual que la Iglesia espera siempre de sus ministros.

1. El sacerdote está llamado a ser un servidor amante de Cristo y goza y sufre haciéndolo amar

TODA la vida sacerdotal está comprometida en una obra de servicio: la edificación del Cuerpo de Cristo. A partir de una vocación de amor se empieza una *carrera de gigante o la gracia de una completa conversión* cuando esta vida toma conciencia de ser ministerio del Señor, de participar de su sacerdocio, de actuar configurado a Él en tanto que Cabeza y Pastor. Se encuentre en la

*sequedad como el pan de cada día, en la pena del alma o en las tinieblas más espesas... ya viva en la fusión de amor, en la necesidad de decir mil locuras al amado o en la sorpresa de ver que todo el gozo del Cielo se abaja hasta su pobreza... el sacerdote está en continua tensión para sacrificarlo todo a las libres iniciativas del Amor. El servidor de Cristo lleva el sello de quien le envía. Consume su vida gozando por amor y sufriendo por amor. Antes que servidor es amante y porque es amante, sirve. Por eso –en su persona– todo recuerda el amor primero que se ha adelantado a amar. Todos los trabajos se orientan a que el Cuerpo reconozca la plenitud en su Cabeza, reciba de Él abundantemente la Vida y exprese su filiación para siempre desde un amor unitivo. Una corriente de amor arrastra el ejercicio del ministerio hacia el encuentro con el Viviente. Después de atraer los corazones hacia Cristo, de hablar las palabras que salen de Él y de seguirlo por su rastro, el servidor amante de Cristo tiene más *sed de esconderse, de ser olvidado, de vivir ignorado.**

2. El sacerdote está llamado a ser el icono de las manos vacías

EL gozo de ser instrumento preferido implica la autoconciencia del *jueguito* que se puede usar cuando y como se quiera, y que sólo busca *agradar*. La acción litúrgica pide el espacio de una rendición interior que haga resplandecer el gran Sacerdote que siempre intercede por nosotros. Personalizar el ejercicio de la función sacerdotal de Cristo y de la Iglesia que ora provoca en el sacerdote la disposición a creer *sencillamente que es el mismo Jesús quien hace la gracia de actuar por él y de inspirarle lo que debe hacer*. Por su parte, la plegaria personal pide la asimilación de los sentimientos del esposo hacia su pueblo, del Pastor por aquellos que son suyos. Personalizar la caridad de manera que se convierta en pastoral es *vivir sin provisiones*, con un *alimento nuevo del todo*. La donación hasta el extremo pide la *actitud de olvidarse para dar gusto*. El amor de Cristo que *sacia el alma no puede estar inactivo*. Ha llegado a intuir las preguntas y los sufrimientos no expresados, a *avanzarse a decir lo que piensan*. El sacerdocio ministerial –todo él debilitado– es en el *momento presente* el icono del

Siempre Presente. Todos aprenden a ofrecerse a sí mismos juntamente y por manos del ministro. Él es signo personal del ofrecimiento permanente, del siempre disponible, del don generoso de Dios.

3. El sacerdote está llamado a ser experto en navegar sobre las olas de la confianza

ÉL mismo sabe muy bien que *no sólo se le ha perdonado mucho, sino todo. Velas al viento* hacia el amor infinito, atrae hacia el trono de la misericordia, invita a *alzarse con facilidad* y a vivir en el auxilio del pequeño. *El amor atrae el amor*. Ser corto de entendimiento, limitado, inexperto ya no es motivo de tristeza, sino condición para no sufrir ningún daño. El ministro de Jesús, *en lugar de Él y de su parte*, manifiesta al penitente la alegría de Dios por aquel que regresa. En este camino de regreso hay *un cielo que Jesús ama más que el de arriba*. El alma se ensancha cuando es cargada en aquello que *ya se perdía*, cuando aquello que *iba a romperse* –suavemente– se fortalece. Sin desánimos, hay que acoger a Jesús aunque sea *durmiendo en la barquita* y avanzar de *victoria en victoria*. El ministro penitente procurará amar con el mismo amor con el que se le ha perdonado. Cada vez que la Sangre de Cristo se derrama sobre el altar lo *devora con sed de almas*. Si con el *rocío divino que mana* de la Cruz un gran criminal puede convertirse en el primer hijo, en Cristo recibirá una multitud de hermanos. Esta confianza unifica interiormente, sana el ejercicio del ministerio de impaciencias, y todas las circunstancias serán un nuevo motivo para seguir esperando... *Conviene seguir siendo pequeño* y esperar... El sacerdote, ante el más sorprendente endurecimiento de corazón, es experto en usar las armas de la caricia, del consuelo y de las atenciones de Dios, que hace *como una madre*.

El sacerdote está llamado a ser el contemplativo del jardín de Jesús

CIENTAMENTE, lo ha dejado todo para comprar el campo del Evangelio en que se halla el *jardín de Jesús*. En medio de este jardín –sin derecho de propiedad– se enamora un poco de todo, le invade la *locura de serlo todo*. Como jardinero fiel y prudente, hace como su Dueño, que trata igual con los grandes cedros como con las florecillas más pequeñas, que se ocupa de cada uno *como si fuera único en el mundo*. La gracia sacerdotal le urge a *practicar aquello que enseña a los demás*. Unas veces será el pincel que Jesús necesita para hacer *una gran obra*, y otras veces será el pincelito que sirve

para los mínimos detalles. Tanto de una forma como de otra se hace contemplativo. Si se le concede *entrar en el santuario de las almas* es para admirar la belleza del lugar donde está el *Artista que las ha creado*. Es centinela que vigila, que lo ve todo y que da la vida por los corderitos. Un tal amor *se nutre de sacrificios*. Esta es la ascesis del pastor: *esperar pacientemente, no avanzar la hora, iluminar gradualmente*. Recuerda que se le ha dado mucho y por eso se le pide más. No puede tratar a cada uno sin tener presente a la comunidad entera, aquella que deberá ser presentada un día como de un solo Esposo. Debe velar para que *la sal destinada a las almas* no se estropee, para que no se vuelva insípida. Y lo hace desde su puesto: el ministerio apostólico. Su misión es ser testigo escogido de la Resurrección del Señor y de los fundamentos de la Iglesia. A la vez que continúa la misión de Cristo ha de ser memoria perenne de lo que es común y que contiene todos los carismas, vocaciones y ministerios. Así se *realiza el sueño de serlo todo y de reconocerse en todos*.

5. El sacerdote está llamado a crecer a la sombra de la cruz

AQUEL que está habilitado para representar sacramentalmente el Amor crucificado y para celebrar en su Persona el sacramento del Amor pascual no puede *sufrir sin amar el sufrimiento*. Para darse sin reservas al Amor infinito ha de compartir primero *la mesa llena de amargura donde comen los pobres pecadores* y sentirse el primero entre ellos. Decidido a arrancar al pecador del pecado para que viva al servicio del Dios vivo, no puede hacerlo sin que los anhelos de redención dejen en él las señales de una lucha. Convencido de que *Dios no inspira deseos irrealizables*, sabe que si Cristo ha dado la vida al mundo con su muerte, cuando intenta imitarlo en el trato familiar de cada día ha de recorrer el mismo camino. En la Eucaristía, entre el estado de Cristo Víctima y el ofrecimiento que hace la Iglesia de sí misma como víctima, la sombra de la Cruz es una oportunidad para vivir y morir de amor mientras se congrega un pueblo santo. Precisamente porque a través de la vocación recibida ha sido amado con un amor de *inefable previsión*, si más tarde se presenta la duda *será el mismo sufrimiento el que le tienda los brazos* para que vuelva a lanzarse amorosamente hacia la única fisonomía revelada: la Santa Faz. No posee otra certeza que *configurar su vida al misterio de la cruz del Señor*. Cuanto más se acerca al Crucificado, más se simplifica el espíritu sacerdotal. La sombra de la cruz es el *terreno libre* donde se halla la instrucción escondida a los sabios y prudentes. Allí, si por una parte el único Director del alma *se compla-*

ce en no mostrarlo todo a la vez... si se complace en reservarse parte de sus designios en lo que se refiere a la configuración personal del ministro a la cruz... por otra, el Amante —que *no quiere reprimir ya más el fuego de su Amor Divino*— necesita encontrar una vida que mientras abraza la cruz sea signo de la *ciencia del amor*. Por eso su cruz deberá ser una cruz hecha de servicio, que dé sombra a los cansados y apesadumbrados.

6. El sacerdote está llamado a ser el glorificador que experimenta todas las aspiraciones del águila

LA unión con Cristo a la que está configurado el sacerdote a través de la nueva consagración del sacramento del Orden (con el grado propio del presbiterado o del episcopado) es una transformación interior. Comprometido para siempre en una misión divina, deberá fortalecer la calidad mística de su experiencia. Como escribe Paulo VI (22.8.1968), *interpreta a Dios, es el eco de su voz, su tabernáculo, el signo histórico y social de su presencia, el fuego ardiente de irradiación de su amor a los hombres*. Realmente, como ministro de la nueva alianza ha sido instruido en un culto completamente nuevo: con la vida y el ministerio ha de procurar la gloria de Dios Padre en Cristo y el progreso de los hombres en la vida divina. *Acostumbrado a implorar la misericordia de Dios con atrevido abandono* y a pesar de la *pequeñez extrema*, tiene los ojos y el corazón de la Iglesia. Ojos de intercesión para *mirar el Sol divino, el Sol de Amor*, y corazón para latir con la Iglesia. Con un sentido cada vez más profundo de su misterio, *abandona todas las posibles aspiraciones de correspondencia al*

Amor. Si Cristo vivifica la comunidad con su sacerdocio permanente, el sacerdocio ministerial comparte su mismo amor: la Iglesia. Desde un amor exclusivo, el mundo es como un *estanque* donde se trabaja y se *desea recibir mucha agua sucia* para que —en la cuna de la oración— aquella agua sea transformada en nueva aspersión. *Hundido en el mar sin orillas* del amor de Jesús, el sacerdote atrae con él todos los tesoros que posee y que no son otros que *los que Él le ha confiado... Os he glorificado en este mundo llevando a término la obra que me confiaste*.

* * *

Si Teresita deseaba un hermano sacerdote, ahora tiene muchos. Ella colabora para que seamos cada vez más conscientes de las riquezas espirituales que han sido puestas en nuestras manos. Ella señala lo único necesario: hacer de la unión íntima con Jesús —*que nos ha robado el corazón*— la fuerza para atraer a muchos hacia el Amor que libera; hacer de la misma vida ministerial un altar para que *el horno divino del Amor misericordioso* manifieste primero en nosotros sus efectos; hacer de la caridad pastoral la recreación de cada día, el pan partido dispuesto a perderse por amor. Ella vela por los intereses espirituales de aquellos que tienen la misión de ser imágenes vivas del Hijo. Teresa del Niño Jesús, virgen y doctora, es la perla primigenia del nuevo milenio. La historia espiritual, desbordante de ternura, de una pequeña carmelita no humillará a nadie. Será una invitación constante a dejarse acoger por el amor de Dios. Con ella, los sufrimientos y esperanzas de la Iglesia por la conversión de los pecadores, por la evangelización de los pobres o para que aquel que es el Amor lo transforme todo en Él mismo hallarán en los sacerdotes auténticos constructores del cielo nuevo y la tierra nueva.

Oración de santa Teresa del Niño Jesús por los sacerdotes

¡Oh Jesús!

Te ruego por tus fieles y fervorosos sacerdotes, por tus sacerdotes tibios e infieles,
por tus sacerdotes que trabajan cerca o en lejanas misiones, por tus sacerdotes que sufren tentación,
por tus sacerdotes que sufren soledad y desolación, por tus jóvenes sacerdotes,
por tus sacerdotes ancianos, por tus sacerdotes enfermos,
por tus sacerdotes agonizantes, por los que padecen en el purgatorio.

Pero sobre todo, te encomiendo a los sacerdotes que me son más queridos,
al sacerdote que me bautizó, al que me absolvió de mis pecados,
a los sacerdotes a cuyas misas he asistido y que me dieron tu Cuerpo y Sangre en la Sagrada Comunión,
a los sacerdotes que me enseñaron e instruyeron, me alentaron y aconsejaron,
a todos los sacerdotes a quienes me liga una deuda de gratitud,
especialmente a...

¡Oh Jesús, guárdalos a todos junto a tu Corazón y concédeles abundantes bendiciones en el tiempo y en la eternidad!

Amén

San Rafael Arnaiz Barón: un loco por Cristo

JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO

DESDE el pasado 11 de octubre, el Hermano Rafael (1911-1938) es ya san Rafael Arnaiz Barón. Su declaración como santo por Benedicto XVI lo ha convertido en hermano del alma de millones de católicos, a quienes servirá de modelo en el camino del seguimiento de Cristo y en intercesor en la lucha contra nuestros enemigos. Si Dios quiere, el santo Hermano Rafael será un potente foco de luz para la Iglesia y para la humanidad de comienzos del siglo XXI, de modo semejante a como lo han sido y lo siguen siendo nuestros grandes del Siglo de Oro: san Ignacio de Loyola, santa Teresa de Jesús o san Juan de la Cruz.

Rafael ha sido conocido por sus escritos, recogidos hoy en sus *Obras completas* (5ª edición, Burgos 2008). Él no ha sido fundador ni reformador. Pero su pluma transmite con facilidad el secreto de la mística cristiana de todos los tiempos con las palabras de un joven, muerto a los 27 años, cuando el siglo XX se acercaba al culmen de su tragedia.

La breve vida del Hermano Rafael tiene un antes y un después en el 25 de mayo de 1934. No fue ese el día en que decidió hacerse monje ni tampoco el día de su entrada en el monasterio cisterciense de San Isidro de Dueñas. Fue, más bien, el momento en el que la enfermedad que acabará por llevarle a la muerte, cambió el signo de la fuerza por el de la debilidad en el horizonte de su existencia.

Hijo de una familia acomodada, Rafael tuvo éxito en los colegios de jesuitas que pudo frecuentar, primero en Burgos y más tarde en Oviedo; tampoco se le resistieron los últimos cursos del bachillerato que terminó brillantemente en el instituto estatal de la capital del Principado. Enseguida comienza a adiestrarse en el dibujo y la pintura con el mejor maestro ovetense de la época y supera, a la primera, el duro examen de ingreso en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid. Toca el violín y el piano. Conduce su coche por los valles y las costas de Asturias y patea las cumbres de los Picos de Europa, interpretándolas en sus acuarelas. Lee a san Juan de la Cruz, hace Ejercicios espirituales, se alista en la Adoración Nocturna y en las Conferencias de San Vicente de Paúl. En 1932 escoge pensión en el edificio más alto de Madrid en la plaza de Callao; frecuenta las clases de arquitectura; conciertos todos los domingos; cultiva la amistad de sus amigos y también, de modo especial, la de sus confidentes espirituales en Ávila, sus

tíos María y Polín; hace el servicio militar montando guardias en el Palacio de Oriente y esquiando en el Guadarrama. Un torbellino de actividad y de fuerza, que culmina en la conquista de su última meta, de su proyecto más deseado: ser monje. Desde que en 1930 visitara el monasterio de San Isidro y se enamorara del silencio, de la salmodia, de aquella comunidad de hombres de blanco haciendo guardia día y noche ante el sagrario. Rafael se había dicho que aquello era lo suyo. Y un buen día, en noviembre de 1933, cuando hacía sólo un mes que se había matriculado de nuevo en Arquitectura, decide abandonarlo todo para realizar el sueño de su juventud: entregarse por completo al amor de Dios. Rafael entra en el monasterio el 15 de enero de 1934. Su alegría fue inmensa en aquellos cuatro meses de luna de miel de su ilusión realizada. Pero el signo de la fuerza pronto se trocó por el de la debilidad.

El joven atleta de Dios vuelve al hogar de Oviedo deshecho físicamente por la diabetes y atormentado en el espíritu: ¿no me quiere Dios en el monasterio? ¿Me he equivocado? ¿He sido presuntuoso y egoísta? Eran preguntas amargas que se agolpaban en su alma en el momento de la «desilusión de su vida», como Rafael mismo llamará a aquel momento decisivo. Pero su grandeza consiste precisamente en cómo supo entender la voluntad de Dios. Más de uno se hubiera hundido. Rafael se aplica a la oración, escucha los consejos de personas de su confianza y, por fin, después de año y medio de maduración, decide volver a pedir el ingreso en el monasterio como oblato. Era renunciar a su ilusión de ser monje y al sacerdocio monástico. Pero era la ocasión para dar un salto de gigante en el amor que movía ya su vida. Cuando escribe al abad pidiéndole volver le dice: «Hace dos años (...) yo buscaba a Dios, pero también buscaba a las criaturas y me buscaba a mí mismo, y Dios me quiere para Él solo... mi vocación era de Dios, y es de Dios, pero había que purificarla... Me di al Señor con gran generosidad, pero todavía no se lo daba todo; le di mi persona, mi alma, mi carrera, mi familia... pero aún me quedaba una cosa, que eran las ilusiones y los deseos, las esperanzas de ser trapense, hacer mis votos y cantar Misa. Eso me sostenía en la Trapa, pero Dios quiere más... tenía que *transformarme*, quería que su amor me bastara».

La debilidad resultó para Rafael ser la fuerza motriz del amor más puro y mayor. Esos eran los



planes de Dios que él supo interpretar bien, basado en una inmensa confianza en la Providencia divina y en la cercanía maternal de María. Los poco más de dos años que le quedaban de vida fueron la entrega completa de su debilidad a Dios unida en ofrenda de amor a la cruz de Cristo. Esa fue su gran fortaleza y la causa de una alegría indescriptible. Esa fue su locura, como él la llama: la locura por Cristo y por su cruz, que le hace partícipe también de su gloria. «Muchas veces allá en la Trapa –le escribe a su tío Polín el 25 de septiembre de 1937– un pobre fraile lloraba ante una cruz. El mundo le decía: eres un necio, llorar por gusto es locura, tu vida se esfuma inútil en el silencio y en la penitencia, ¿por qué amar la cruz, cuando la vida es tan bella y la libertad es risueña?... Pero el trapense lloraba (...), mas lloraba de alegría... ¿Qué sabe el

mundo de amor?». En efecto, Rafael escribe más tarde como fino teólogo sin estudios: «En el mundo se sufre mucho, pero se sufre poco por Dios. El cristiano no ama la debilidad y el sufrimiento tal como éste es *en sí*, sino tal como es Cristo, y el que ama a Cristo, ama su cruz». Nada de masoquismo. Dios sufre en Cristo y quien le ama, desea estar con el sufrimiento de Dios. Es la mística del seguimiento de Cristo hasta la cruz. Es la locura y la ciencia de la cruz.

Una existencia y un mensaje así es precisamente lo que más necesita el mundo de comienzos del siglo XXI: la mística cristiana de siempre en el contexto materialista y hedonista de nuestros días. La realización plena de la existencia humana no es posible más que como amoroso y radical abandono en Dios. No es el «progreso» entendido como el conjunto de logros de la fuerza humana lo que trae la felicidad al mundo. Tal progreso es puro «ruido» –como escribía Rafael– si carece del silencio en el que el ser humano puede escuchar el latido del Corazón de Dios.

No habiendo sido ni padre de familia, ni profesional, ni sacerdote, ni siquiera monje en el sentido formal pleno, san Rafael Arnaiz Barón ofrece a todos, a cada uno en su propia vocación, el testimonio perenne de la mística cristiana, especialmente necesario en nuestros días: sólo Dios puede llenar el corazón humano. La libertad se realiza en la entrega voluntaria de todo lo recibido a quien es origen de todo y en quien todo tiene futuro eterno. Sin tal mística, no habrá vida ni misión cristianas. Pero tampoco realización humana.

«Me he dado cuenta de mi vocación –escribe Rafael. No soy religioso... no soy seglar... no soy nada... Bendito sea Dios, no soy nada más que un alma enamorada de Cristo. Él no quiere más que mi amor (...) Que mi vida no sea más que un acto de amor».

El Hermano Rafael... dijo sí a la propuesta de seguir a Jesús, de manera inmediata y decidida, sin límites ni condiciones. De este modo, inició un camino que, desde aquel momento en que se dio cuenta en el monasterio de que «no sabía rezar», le llevó en pocos años a las cumbres de la vida espiritual. El Hermano Rafael, aún cercano a nosotros, nos sigue ofreciendo con su ejemplo y sus obras un recorrido atractivo, especialmente para los jóvenes que no se conforman con poco, sino que aspiran a la plena verdad, a la más indecible alegría, que se alcanzan por el amor de Dios. «Vida de amor... He aquí la única razón de vivir», dice el nuevo santo. E insiste: «Del amor de Dios sale todo».

Benedicto XVI. Homilía en la misa de la canonización de san Rafael Arnaiz (11 de octubre de 2009)

La acción pastoral de san Juan María Vianney en Ars

GUILLERMO PONS PONS

LA especial vinculación establecida por Benedicto XVI entre la celebración de un «Año sacerdotal», promulgado por el mismo Pontífice, y la excelsa figura del santo Cura de Ars, ha puesto de relieve las peculiares características de este ejemplar sacerdote del siglo XIX.

A pesar de la evidente diversidad de las circunstancias de tiempo y de lugar, no cabe duda de la relevancia de aquel que fue un humilde cura de aldea, pero al mismo tiempo una figura muy destacada en la nación francesa en virtud de su singular carisma como confesor y consejero de innumerables personas de muy diversas condiciones sociales y de muy distinto nivel intelectual. Casos como éste no se han producido con frecuencia en el seno de la Iglesia. Sólo quizá el de san Pío de Pietrelcina en tiempos recientes se pueda considerar semejante al del Cura de Ars, aunque por ciertas peculiaridades ambos resulten distintos en determinados aspectos.

Los datos biográficos y las características de san Juan María Vianney han sido ampliamente divulgados desde hace tiempo y más todavía en ocasión del presente «Año sacerdotal». En este trabajo lo que procuraré exponer son las coordenadas y características que se manifiestan en su labor como pastor de almas principalmente en su parroquia rural, pero también en los diversos pueblos cercanos de la meseta de Dombes, en la región de Trevoux, así como a través de un muy singular ministerio que abarcó a una constante afluencia de peregrinos a la antes casi desconocida aldea de Ars-en-Dombes.

Los rasgos del pueblo de Ars y su actitud religiosa

ARS, al tiempo de la llegada del sacerdote Vianney, no era más que una aldea de unos 230 habitantes. En 1802 había dejado de tener categoría de parroquia, quedando en una simple capellanía dependiente de la cercana parroquia de Mizerieux. En 1820, dos años después de la llegada del nuevo sacerdote recuperaría la condición de parroquia gracias al influjo del vizconde de Ars, Francisco Garnier de Garets, residente en París y que gozaba de especial prestigio en la corte de Luis XVIII. Este señor era un buen cristiano y activo miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Siempre permanecería muy unido al santo párroco de Ars, su pueblo de origen.¹

El 9 de febrero de 1818 el presbítero Juan María Vianney, de 31 años de edad, era destinado a la capellanía de Ars. El vicario general de Lyon, Sr. Courbon en ocasión de ese destino del sacerdote a uno de los pueblos más pequeños y alejados de la diócesis le dijo: «Vais a una parroquia donde no hay mucho amor de Dios; pero vos procuraréis introducirlo». Juan María Vianney humildemente le manifestó que ello constituiría su mayor anhelo.²

Hay que reconocer que, efectivamente, la feligresía de Ars, de igual modo que los pueblos cercanos de la comarca de Trevoux, región bastante alejada de Lyon, padecía las consecuencias de los trágicos avatares de la Revolución francesa y los efectos de las campañas de descristianización que caracterizaron esa época convulsa y agitada.

El párroco de Ars en el tiempo de la Revolución, que era el abate Saunier, se había dejado arrastrar a la apostasía, haciendo entrega de sus credenciales sacerdotales, y se dedicó al comercio en medio de sus antiguos feligreses. El ambiente irreligioso que se iba difundiendo por la región y por buena parte de Francia suscitó en algunos vecinos de Ars ideas opuestas a la enseñanza y tradición católicas.

Muchos hombres se iban alejando del cumplimiento de sus deberes religiosos. No es que se hubiera impuesto una mentalidad antirreligiosa, pero sí que en muchos se palpaba una notable indiferencia: los hombres consideraban que era bueno que las mujeres y los niños frecuentaran la iglesia, pero que ellos en buena parte podían prescindir de ello. Por lo demás se estaba imponiendo un clima de excesiva libertad en las costumbres. El exceso en la bebida y la asidua frecuentación de las tabernas por parte de los hombres, así como las veladas hasta muy entrada la noche y la excesiva frecuentación de bailes y diversiones frívolas eran consecuencias de esa mentalidad poco consecuente con la fe cristiana que, sin embargo, no querían abandonar.

Después de los años de la Revolución, se hizo cargo de la parroquia un antiguo cartujo, Jean Lecourt, hombre de buena voluntad que se esforza-

1. RENÉ FOURREY, *Jean-Marie Vianney, Curé d'Ars. Vie authentique*, Desclée de Brouwer, París 2006, 122-123.

2. F. TROCHU, *El Cura de Ars*, Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1942, 124.

ba por inculcar unas mejores actitudes a los habitantes del pueblo. Gracias a ello algunas familias habían recuperado el fervor y una vida más piadosa, pero subsistían muchos abusos y no poco descuido en la práctica religiosa. Este buen sacerdote presentaba al obispado un informe que nos da bastante luz acerca del estado religioso de la parroquia: Decía así: «Solamente las mujeres, los niños y las niñas a quienes he dado la primera comunión, frecuentan los sacramentos. Los hombres, señores o domésticos, permanecen alejados a pesar de las frecuentes exhortaciones que se les hacen para que cambien de conducta. Sin embargo son bastante asiduos a los oficios. Se hace el catecismo cuatro veces por semana.[...] Solamente lo frecuentan los que están en la edad de hacer la primera comunión. Se interrumpe el catecismo desde principios de verano hasta la fiesta de san Martín. Hay una escuela en el pueblo para los niños de ambos sexos, dirigida por un habitante del lugar, que deja al sacerdote el cuidado de enseñar el catecismo a los niños...».³

Respecto de los otros sacerdotes que cuidaron de la feligresía de Ars antes de Juan María Vianney, algunos fueron personas de edad avanzada o estuvieron sólo como de paso en el pueblo. El abate Berger, en cambio, que desempeñó su labor desde 1806 hasta 1817, había logrado un indudable avance en la vida cristiana de sus parroquianos, pero subsistía la mediocridad y la poca eficiencia de su vida cristiana en diversos aspectos de su conducta. En el proceso de beatificación aparece el testimonio de un campesino de Ars, Guillermo Villier, que tenía 19 años a la llegada del Sr. Vianney. Entre otras cosas dice que por entonces los oficios, o sea, la misa, eran «frecuentados pasablemente los domingos y fiestas». Añade: «Nos contentábamos generalmente con el cumplimiento pascual», lo cual no significa que todos los vecinos lo hicieran así, sino que probablemente indica que quienes lo realizaban, no recibían la comunión más que en la Pascua.⁴

Juan María Vianney inicia su labor pastoral

SEGÚN afirmaban los testigos, el sacerdote Vianney llegó a Ars a principios de la cuaresma, hacia mediados de febrero de 1818. Ese tiempo litúrgico debía estar ya un tanto avanzado, puesto que en ese año la cuaresma se había iniciado el 4 de febrero, dado que la Pascua fue el 22 de marzo, la fecha más temprana en que esa solemnidad

puede ocurrir, cosa que, según las normas del cómputo pascual, no volverá a repetirse hasta el año 2285.

En referencia a esta llegada del santo sacerdote a esa parroquia en la que permanecería hasta su muerte, se narra una anécdota significativa. El mismo Cura de Ars la refirió. Estando ya él cerca del pueblo, se encontró con unos jóvenes pastores y pidió información sobre el camino que se debía seguir. Uno de ellos, Antonio Grive, de unos doce años de edad le indicó por donde se debía ir. El sacerdote le agradeció el servicio, diciéndole: «Tú me has enseñado el camino de Ars; yo te enseñaré el camino del Cielo». No deja de ser impresionante el hecho de que este buen hombre fallecería tres días después del santo Cura de Ars. Enseñar el camino del cielo a los habitantes de Ars y a muchísimas otras personas fue la gran misión de este sacerdote que por espacio de cuarenta y un años ejercería una incomparable labor pastoral en esta pequeña aldea, que por razón de él se haría famosa en todo el mundo.

Los primeros contactos con los vecinos de Ars fueron cordiales. La oración constante era, sin embargo, lo que ocupaba la mayor parte del tiempo del sacerdote en aquellas semanas de cuaresma que inauguraban su permanencia en el pueblo. El ya citado testigo, Guillermo Villier, constataba que «parecía haber escogido la iglesia como domicilio», y añadía: «Si había que hablar con él, debíamos ir allí para encontrarlo».⁵ Posteriormente cuando le abrumaron las labores de atender a los peregrinos en el confesionario, añoraba él aquellos primeros años en los que tenía tiempo suficiente para dedicar muchas horas a la oración, tanto en la iglesia como transitando por el campo.

Las visitas a las viviendas del pueblo y de sus alrededores fueron una de sus actividades favoritas. En esto seguía las normas que le había dado su padre espiritual, el virtuoso párroco de Ecully, a pesar de que no era una costumbre muy arraigada en el clero, ya que muchos sacerdote preferían esperar a que fueran los feligreses quienes acudieran a ellos, si bien desde el obispado se insistía en que no dejaran de hacerse presentes sobre todo junto a los enfermos e impedidos.

El Sr. Vianney trataba de establecer con los vecinos unas relaciones cordiales y marcadas por la sencillez y espontaneidad. Una feligresa, Mariana Renard afirmó en su declaración: «Ganó el cariño de sus feligreses por su gran caridad, su gran bondad y las numerosas visitas que hacía» y, por su parte, Villier recordaba que en las visitas empezaba preguntando noticias de la familia y demás cosas que

3. RENÉ FOURREY, *El auténtico Cura de Ars*, Editorial ZYX, Madrid 1967, 110.

4. *Ibid.*, p. 112.

5. *Ibid.*, p. 121.

podían interesarle, así como también trataba de asuntos de orden espiritual, pero sin desdeñarse de hablar de temas referentes a la vida diaria, como los trabajos agrícolas, las cosechas propias de la estación, a la vez que se informaba de las relaciones de parentesco y amistad de las familias. Solía acudir a las casas hacia el mediodía, que era el momento oportuno para hallar a toda la familia reunida. Se trataba de visitas breves, a fin de no molestar. Si le invitaban a tomar algo de comer, sólo algunas veces aceptaba un pequeño bocado para no mostrarse desatento. A todos les causó la impresión, dice el mismo testigo, de ser un hombre «lleno de bondad, de jovialidad y de dulzura».⁶

Catalina Lassagne, una joven que colaboraría intensamente con él sobre todo en la formación de las niñas, evocaba así sus primeras impresiones: «Cuando yo hice mi primera comunión, tres meses después de su llegada, los parroquianos tenían ya una tan elevada opinión de su virtud que las madres de familia decían: “Seríamos dichosas si nuestros niños hicieran su primera comunión bajo la dirección de este sacerdote; es un santo y podría ser que le trasladasen”. Temían que él se marchara».⁷

Predicación, catequesis y asociaciones

A PARTE de la ingente labor en la administración del sacramento de la Penitencia cuya valoración histórica, por la condición misma de este ministerio sujeto a las reservas del sigilo y de la discreción, sólo puede resultar fragmentaria e imprecisa, otras actividades muy destacadas del Cura de Ars fueron las concernientes a la transmisión de la doctrina católica y la organización de instituciones con una intencionalidad pastoral y caritativa.

Se han conservado escritos algunos sermones de los primeros años del ministerio parroquial del Sr. Vianney. Los componía a base de escoger los fragmentos que le parecían más oportunos de los libros de la herencia del Sr. Balley que aún se conservan en la casa parroquial de Ars. Aprendía de memoria, con notable esfuerzo, buena parte de lo que iba a comunicar al pueblo. Debido a la formación recibida y al material que usaba, los sermones del santo reflejaban cierto rigorismo y un estilo tremendista que puede desagradarnos; pero ya desde un principio en esa predicación del Cura de Ars afloran conceptos, palabras y sentimientos que revelan la en-

jundia espiritual de su alma, colmada de una exquisita caridad pastoral. Lo que buscaba era ante todo liberar a sus oyentes de una mediocridad en su vida cristiana y preservarlos de los peligros morales que los acechaban. Con el paso del tiempo, irá brillando en su predicación una atractiva cordialidad y una elevada visión de fe que atraía la admiración y la estima de quienes recibían sus enseñanzas.

En las catequesis tanto las destinadas a los niños y a las muchachas que se educaban en el asilo y escuela de la Providencia, pláticas que acabaron por abrirse a todos los fieles, era donde el santo sacerdote ofrecía una doctrina espiritual más atractiva y muy provechosa. Un campesino del cercano pueblo de Coussance, Juan Claudio Viret, hombre de cultura limitada, pero de un espíritu profundamente religioso, recogió en unos apuntes personales diversos pasajes, más o menos literales, de las catequesis del Sr. Cura. En uno de ellos aparecen estas palabras acerca de la misericordia de Dios: «Para las personas que se desesperan a causa del gran número de pecados que han cometido, ¡que no desesperen! Cuando estos pecadores hayan cometido tantos pecados que no se puedan contar, que los metan en un saco y que los sumerjan en la sangre de Nuestro Señor. Los perderán como se pierde una bola que se lanza al mar; la misericordia de Dios es más grande; Él perdona a los mayores pecadores y ya no se acuerda más de sus pecados».⁸

Desde el comienzo de su labor en Ars, comprendió el Sr. Vianney que convenía agrupar a los feligreses más dispuestos a progresar en su vida cristiana en algunas asociaciones. Esto le dio buenos resultados en la indudable transformación que se logró en la parroquia. Fueros estas hermandades la de Ntra. Sra. del Rosario para las mujeres y la del Santísimo Sacramento para los hombres.

«La Providencia», obra asistencial destinada a la formación y a la preservación de niñas y jóvenes de la comarca, constituyó una admirable realización de la caridad pastoral del Sr. Cura. Le costó grandes esfuerzos y sacrificios y no estuvo exenta de dificultades y sujeta a transformaciones, que él aceptó por obediencia a sus preladados, aunque no fueran muy de su agrado y del de sus primeras colaboradoras en esta labor. También para la formación de los niños se instituyó un colegio regido por una congregación de Hermanos de la Sagrada Familia.

No le faltaron al santo sacerdote sinsabores e incomprendiones e incluso fue objeto de graves calumnias, contratiempos que supo aceptar con paz y ecuanimidad. Sobre todo gracias a su profunda fe y a su caridad pastoral extraordinaria.

6. F. TROCHU, o. c. p. 144.

7. RENÉ FOURREY, *Jean Marie Vianney. Vie authentique*, cit., p. 92.

8. RENÉ FOURREY, *El auténtico Cura de Ars*, cit., p. 333.

En el Cura de Ars es de destacar también cómo supo valorar a las personas, y así dentro de aquel pequeño pueblo se le fueron aproximando y colaboraron con él unas personas y familias capaces de aglutinar a los vecinos y hacer que la gran mayoría admirara y apreciara los valores que se manifestaban en el santo sacerdote.

Transformación del pueblo y peregrinaciones a Ars

EN la actividad pastoral de san Juan María Vianney en Ars cabe distinguir dos épocas bien diferenciadas. Los primeros doce o quince años son aquellos en que el sacerdote actúa más directamente sobre sus feligreses consiguiendo unos admirables cambios en cuanto a la vida cristiana de la población; en los años siguientes, la atención a los peregrinos absorberá la actividad del carismático confesor y catequista de una multitud de peregrinos. Entonces la labor pastoral sobre los parroquianos estuvo en manos de varios sacerdotes colaboradores, aunque él nunca dejó de atender personalmente en lo oportuno y conveniente a sus amados feligreses.

La transformación del pueblo resultó evidente. Catalina Lassagne en uno de sus testimonios dice: «El buen Cura, contento, dijo un día en el púlpito: Hermanos míos, Ars ya no es Ars, se ha transformado. Os lo digo francamente: He predicado en otros jubileos y misiones. Nunca he encontrado disposiciones tan buenas como aquí».⁹ La humildad que caracterizaba al santo sacerdote le liberaba de cualquier atisbo de autocomplacencia. Cuando se expresaba de esa manera lo que le embargaba era única-

mente el gozo de la cosecha evangélica que se había recogido.

El inicio del aprecio que empezó a sentirse por el Cura de Ars en otros pueblos parece estar vinculado con la predicación del santo en parroquias cercanas durante el jubileo proclamado por León XII en 1826. Después siguieron otras campañas de predicación misional y en muchas ocasiones sustituyó a los curas que estaban enfermos. Pero el fenómeno de las peregrinaciones a Ars superó todas las previsiones y posibilidades. El sacerdote nacido en Ars Juan Francisco Renard, que había celebrado su primera misa, asistido por el santo en 1820, diría: «Fue sobre todo a partir de 1830 y hasta 1835 cuando [la peregrinación] comenzó a crecer y a desarrollarse». Los problemas de alojamiento y de prestar la posible atención a los peregrinos fueron tan grandes que, según el mismo testigo, «todos estos inconvenientes eran suficientes para detener las peregrinaciones, si no se tratara de una obra de Dios» afirma que «no sólo se sostenía el ritmo, sino que se acrecentaba».¹⁰

La afluencia de personas que anhelaban descubrir la actuación de este carismático y santo sacerdote fue enorme y exigió de Juan María Vianney un esfuerzo sobrehumano. A pesar de ello y de las pruebas interiores que en determinadas circunstancias le afectaban, no dejó de mantener esa heroica y generosa entrega casi hasta el día mismo de su tránsito.

Un día Catalina Lassagne decía ingenuamente al santo: «Señor Cura, los demás misioneros corren tras los pecadores aun por tierras lejanas, pero aquí los pecadores corren detrás de usted», a lo cual él respondía con gracia y con apostólica satisfacción: «Casi es verdad».¹¹

9. RENÉ FOURREY, *Jean Marie Vianney. Vie authentique*, cit., p. 144.

10. *Ibid.*, pp. 166-168.

11. F. TROCHU, *El Cura de Ars*, cit., p. 312.

Pensamientos del Cura de Ars

Vale más el amor que el temor. Hijos míos, los hay que aman a Dios pero con gran temor. Éstos se someten a una vida tan desgraciada, tan espinosa que dan pena; van al cielo; pero no es así como hay que hacerlo. Dios es bueno, conoce nuestras miserias; hemos de amarle, hemos de querer hacerlo todo para agradecerle.

Cronología del santo Cura de Ars

1786: Nace en Dardilly Juan María Vianney, hijo de Mateo Vianney, campesino y de María Beluse, hija de agricultores. Era el cuarto hijo del matrimonio, después de él llegaron dos hermanos más, Margarita y Francisco. Solamente Margarita sobrevivirá a Juan María.

1795: En plena persecución revolucionaria, Juan María hace la Primera Comunión, en una casa particular, rodeado de vigilancia para evitar «visitas inoportunas» que pudieran impedirlo.

En los años siguientes Juan María vuelve a Dardilly para continuar sus labores campesinas. En 1804, Juan María manifiesta sus deseos de ser sacerdote a su madre, que intercedió ante su padre, más reacio a dar su permiso.

1807: En octubre, Juan María se traslada a vivir a Écully para recibir lecciones en casa del abate Balley. Juan M^a se da cuenta de las dificultades que encuentra y se entrega a la oración para implorar las luces del Espíritu Santo. A pesar de todo apenas hizo progresos y decide hacer una peregrinación a pie a Louvesc a la tumba de san Francisco de Regis a pedirle su ayuda. Aunque sigue siendo estudiante mediocre, no ve irremediable su fracaso.

1809: Juan María es reclutado para el ejército napoleónico. Recién llegado al cuartel se siente con fiebre y es ingresado en el hospital; sus compañeros parten ya para la guerra contra España, pero él no podrá hacerlo hasta días más tarde. Delicado aún, parte, junto con otro compañero, hacia el encuentro con los demás, pero débil como estaba no puede seguir y su compañero le guía hacia un pueblo donde se establecerán, desertando del ejército. El alcalde de Noës le cambia el nombre y pasa a llamarse Jerónimo Vincent. Esta situación duró hasta octubre de 1810, en que se autorizó a que Juan María volviera.

1811: Continúan los estudios en Écully, bajo la dirección del abate Balley.

1812: Pasa a estudiar filosofía en el seminario menor de Verrières. Vuelve a encontrar problemas en el estudio, pues en el seminario todos los estudios se hacen en latín, e incluso las clases son en latín. Se le pone un alumno aventajado para que le explique la filosofía en

francés y Juan María puede adelantar en sus estudios. El verano de 1812 lo pasa en Écully, donde el abate Balley le da las primeras clases de teología.

1813: Ingresa en el seminario de San Ireneo para estudiar teología. Su primer examen dio como resultado de conocimientos «debilissimus» (muy débil) y es reenviado a casa de su párroco. El seminarista llegó a pensar que nunca llegaría al sacerdocio, pero su párroco lucharía tenazmente para conseguirlo. Él pondría la teología al alcance de Juan María.

1814, en junio, al final de curso, el abate vuelve a presentar al alumno al examen; la calificación es algo mejor: «debilior» (más débil). El párroco consigue que a Juan María le examinen en la parroquia de Écully, sin la presión del tribunal del seminario y el vicario del obispo le acepta a órdenes.

1815: En junio Juan María es ordenado diácono por el obispo de Grenoble y el domingo, 13 de agosto, es ordenado sacerdote por el mismo obispo de Grenoble y el 20 de agosto celebró su primera misa en la parroquia de Écully.

Su primer destino fue el vicariato de Écully. Para fortalecer sus estudios con el abate Balley el primer destino del abate Vianney fue Écully. Allí acabó su formación teológica, pero también aprendió de la vida del abate Balley, con el que emulaba en vida austera. Fueron dos años de intensa colaboración y profunda amistad espiritual. En diciembre de 1817 moría el abate Balley.

1818-1820: En febrero llegó el Rvdo. Vianney a la capellanía de Ars como vicario. Para la iglesia fue su primera visita y pudo observar el lamentable estado en que se encontraba, mucho peor que la casa del párroco. A la mañana del día siguiente sonaron las campanas llamando a misa a todos los aldeanos. Éstos enseguida pudieron contemplar que este sacerdote no era como los otros.

Lo primero que quiso era conocer a toda la gente del pueblo y, especialmente las más piadosas y para formar con ellas un grupo y hacer revivir aquella Iglesia. Para ello volvió a crear las hermandades que ya existieron: la del Santísimo Sacramento para los hombres y la del Rosario para las mujeres.

El Cura de Ars ante su confesionario. Fresco de Paul Borel, en la basílica de Ars



El segundo paso fue cambiar a Ars, quitarle todo lo mundano y hacer de todo aquel pueblo, un pueblo cristiano. Lo primero era la santificación del domingo, asistiendo a la misa y no trabajando, ni celebrándolo pagamente con bailes y borracheras.

1820-1830: Se inicia el arreglo de la parroquia de Ars. El abate Vianney paga la construcción del nuevo campanario y gracias a un generoso donador, el conde de Garets, puede cambiar todas las ropas y ornamentos para lograr un culto que esté a tono con la «casa del buen Dios». Éstos serían los primeros arreglos, pero ya no pararían hasta dejar la iglesia digna.

En esta época se inician las peregrinaciones de penitentes y las persecuciones del diablo que quiere evitar las conversiones.

Hacia 1823 inicia los trabajos para crear «La Providencia», escuela, primero; casa-albergue para niñas sin recursos después, donde llegaron a hospedarse más de setenta niñas.

Hacia 1824 se llega a decir que «Ars ya no es Ars», tal cambio había sufrido en apenas seis años.

1830-1840: Con motivo de la Revolución de Julio, algunos elementos, después de derribar cruces, llegaron a exigir al Cura de Ars que se fuera del pueblo.

Llegan a su mayor auge las peregrinaciones a Ars. Largas colas en el confesionario que podían alcanzar los tres días.

La Providencia repleta de niñas pasa momentos de apuro económico que, en algunos casos, se resuelven con milagros.

1840-1845: En setiembre de 1842, una grave enfermedad hace temer por la vida del Cura

de Ars. En mayo de 1843 se le dio la extremaunción. La curación la atribuyó el santo Cura a su santa, Filomena. Una vez repuesto, el reverendo Vianney se considera un pecador y huye de noche de Ars hacia Dardilly para llorar sus pecados; se le tiene que ir a buscar de parte del obispo. El obispo pone en Ars un auxiliar para ayuda del santo Cura, el abate Raymond.

1846-1953: Tristeza del Cura de Ars porque La Providencia, por orden del obispo, deja de ser casa-albergue de niñas sin recursos y pasa como escuela a las Hermanas de San José.

Llama a los Hermanos de la Sagrada Familia para que se hagan cargo de la escuela de niños, que había comenzado.

Nombramiento del abate Vianney como canónigo de Belley. Vuelven las tentaciones de abandonar Ars para expiar su vida.

1853-1859: Continúan las interminables horas de confesionario. Para su ayuda llegan a Ars un grupo de misioneros, que le ayudarán mucho en sus trabajos.

Es nombrado caballero de la Legión de Honor, a pesar de su oposición.

La declaración del dogma de la Inmaculada Concepción fue un día de gran fiesta en Ars.

Al final de su vida aumentan las crisis de desesperanza que él intenta vencer por todos los medios.

En el último año de su vida, la situación de guerra que vivían Francia e Italia, y la situación del Papa, asediado en el Vaticano, le tenían muy preocupado.

Las confesiones le obligaban a estar largas horas en el confesionario a pesar de su edad y su ya muy delicada salud.

Fallece el día 4 de agosto de 1859.

EN 1986 se cumplían 200 años del nacimiento del santo Cura de Ars, fue mi primer año de seminario. La Cuaresma siguiente nos deparó, en el silencio del comedor, la lectura de una biografía escrita por Jesús Iribarren para conmemorar dicho bicentenario. Luego durante los primeros cursos de filosofía leí la más completa y popular de todas las biografías escrita por Francis Trochu. Lo que por entonces no podía ni imaginarme era que con el paso del tiempo yo también engrosaría la lista de los hagiógrafos del santo francés.

En este Año Sacerdotal el papa Benedicto XVI lo ha propuesto como verdadero modelo para los presbíteros del mundo entero, y no sólo para los párrocos. Lo cierto es que si hay un tipo de cura con pocas cualidades humanas, con una personalidad marcada por una humildad y una sencillez sin límites, por una pobreza profundamente vivida y por una fecundidad apostólica increíble, es el Santo Cura de Ars. Su arma fue el sacramento de la Penitencia, donde se unen, por un lado, la gracia y el don del sacramento, que es misericordia del Señor, y por otro, la miseria del hombre. De ahí el título que elegí para mi trabajo: «El hombre que se hizo misericordia».¹ Vianney fue nombrado cura del pueblecito de Ars y allí permaneció hasta su muerte: el último cura de Francia en el último pueblo de Francia. Pero fue cura por completo, hasta tal punto, que el último pueblo de Francia tuvo al primer cura de Francia, y toda Francia fue a verle.²

En estas líneas trazo el final de su vida.

La muerte de un santo

EL mes de julio de 1859 fue extremadamente caluroso, los peregrinos se desmayaban en grandes cantidades, pero el santo permanecía en el confesionario. El viernes, 29 de julio, fue el último en el que apareció en la iglesia. Esa mañana entró en el confesionario como a la una de la madrugada. Pero después de haberse desmayado en varias ocasiones, le pidieron que descansara. A la once, impartió la clase de catecismo por última vez. Esa noche con mucha dificultad pudo arrastrarse hasta su cuarto. El hermano Jerónimo le ayudó a

subirse a su cama, pero el santo le pidió que le dejase solo.

Una hora después de medianoche, aproximadamente, pidió ayuda: «*Es mi pobre fin, llamen a mi confesor*». La enfermedad progresó rápidamente. En la tarde del 2 de agosto recibió los últimos sacramentos: «*Qué bueno es Dios; cuando ya nosotros no podemos ir más hacia Él, Él viene a nosotros*».

Veinte sacerdotes con velas encendidas escoltaron al Santísimo Sacramento, pero el calor era tan sofocante que tuvieron que apagarlas. Con lágrimas en los ojos dijo: «*Oh, qué triste es recibir la Comunión por última vez*».

En la noche del 3 de agosto llegó su obispo. El santo lo reconoció pero no pudo decir palabra alguna. Hacia la medianoche el fin era inminente. A las dos de la madrugada del sábado 4 de agosto de 1859, cuando una tormenta azotaba el pueblo de Ars, el reverendo Monnin leía estas palabras: «Que los santos ángeles de Dios vengan a su encuentro y lo conduzcan a la Jerusalén celestial», el Cura de Ars encomendó su alma a Dios.

Entonces se supo todo.

Todo lo que había hecho, poco a poco, se fue conociendo. Entre un tumulto de lamentaciones y de sollozos, hubo una inmensa cosecha de testimonios. Los cuerpos que había curado, las almas que había salvado, las obras que había fundado, las vocaciones que había guiado. Todos quisieron atestiguar el inagotable beneficio que habían recibido.

En el gran cuadro de Paul Borel que representa al Santo Cura de Ars en el umbral de la puerta de la sacristía, indicando a los pecadores que se acerquen, el soplo que agita e hincha sus ropas, expresa maravillosamente la corriente de amor que suscitaba su simple aproximación.

Las exequias se habían señalado para el sábado 6 de agosto. La inmensa muchedumbre que siguió sus restos a través de las calles de Ars –trescientos sacerdotes y religiosos y seis mil fieles– quedó aturrida ante la presencia del cuerpo del santo sacerdote. Cuando apareció el féretro, hubo un silencio tan hermoso y una reverencia tan profunda que se tuvo la impresión de que la muchedumbre no lloraba a un hombre... no se conducía el cuerpo sin vida de Juan María Bautista Vianney a la tumba, sino al triunfo.

Diez días más estuvo expuesto el cuerpo, en la capilla de San Juan Bautista, esperando los permisos para inhumarlo en la iglesia parroquial. La víspera, día de la Asunción, monseñor Langalerie en-

1. Jorge LÓPEZ TEULÓN, *El Santo Cura de Ars. El hombre que se hizo misericordia*, Madrid, 2009.

2. Henri GHEON, *Le Curé d'Ars*, París, 1934.

vió este discurso impreso, en forma de carta circular, a todo el clero de Belley.

«¡Cuántos años hace, y quizás cuántos siglos, que el mundo no ha presenciado una existencia sacerdotal en condiciones semejantes, tan fructuosa, tan santa, tan constantemente ocupada, consagrada y gastada en el servicio de Dios! Toda Francia ha perdido un sacerdote que era su honor, y a quien acudían en demanda de consulta fieles de todas las provincias.

»Ánimo, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor; es decir: tu jornada ha terminado; has trabajado ya bastante; ven, he aquí la recompensa y el premio de tus obras... Y que todos sepan, querido y venerado Cura, que el día más feliz y más deseado de mi episcopado será aquel en el cual la voz inefable de la Iglesia me permita proclamar solemnemente y cantar en tu honor: «Euge serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui».

Ese mismo día, 14 de agosto de 1859 el cuerpo del santo Cura de Ars, como ya en vida se le conocía, fue depositado en el centro de la nave. Sobre ella se puso una lápida de mármol negro en la que se grabaron en forma de cruz un cáliz y esta sencilla inscripción: «Aquí yace Juan-María-Bautista Vianney, Cura de Ars». Los restos del Siervo de Dios habían de descansar allí por espacio de cincuenta y cinco años.

Fue beatificado en 1904 y canonizado el 31 de mayo de 1925. Al acercarse la beatificación fue exhumado el cuerpo del venerable Vianney. Cuando

a los ancianos de Ars, que habían conocido al santo Cura, se les mostró el cuerpo con una mascarilla de cera (pues aunque se distinguía bien el rostro era lo más deteriorado) exclamaron derramando lágrimas: «¡Ah, es él!».

Si se escribieran todas las cosas

CREO que no es exagerado utilizar la expresión joánica referida al Mesías.: «Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran» (Jn 21, 25).

La actualidad del santo Cura de Ars resulta aplastante... La Iglesia está necesitada, en primer lugar, de santos. Ahora bien, las exigencias del sacerdocio siguen siendo las mismas. Él supo resumir en su persona lo que constituye y constituirá siempre la esencia misma de un sacerdote. Y, como escribe Michel de Saint Pierre³ en su *Vida prodigiosa del Cura de Ars*, me regocija repetir hoy con toda certeza la afirmación que sostuve con un padre jesuita, que afirmaba:

«—Hoy harían falta al menos diez curas de Ars». A lo que repuse —¡Uno sólo nos bastaría!

3. MICHEL DE SAINT PIERRE, *La vida prodigiosa del Cura de Ars* en el prefacio (Madrid, 2008).

Pensamientos del Cura de Ars

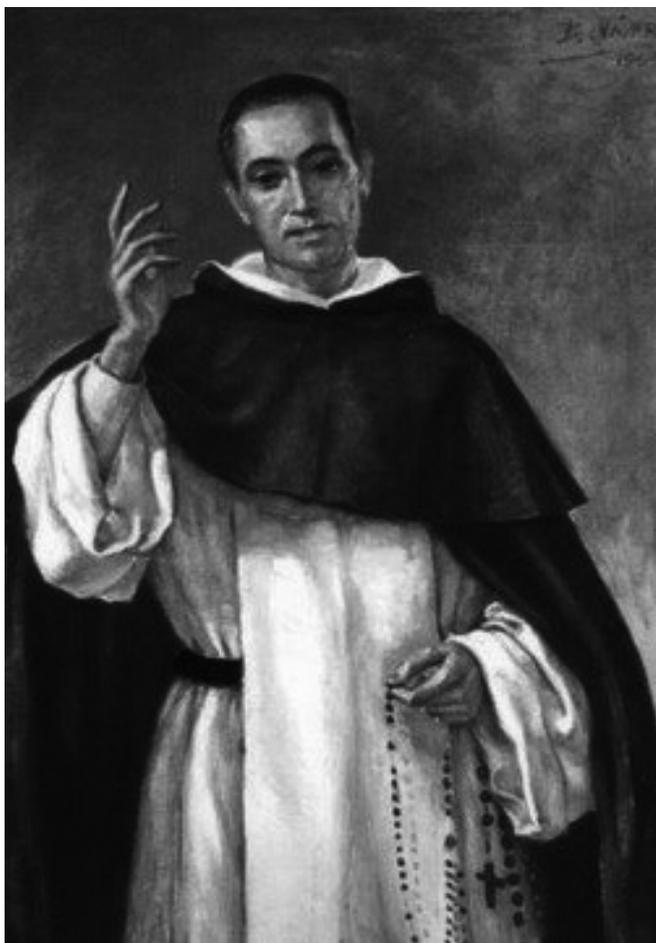
Mirad, nos falta fe... Cuando no tenemos fe, estamos ciegos. El que no ve no conoce, el que no conoce no ama; el que no ama a Dios se ama a sí mismo y al mismo tiempo ama sus placeres. Ata su corazón a cosas que pasan como el humo. No puede conocer ni la verdad ni ningún bien; sólo puede conocer la mentira porque no tiene la luz; se queda «in albis». Si tuviera la luz vería que todo lo que ama no puede darle más que la muerte eterna, es un anticipo del infierno.

* * *

Los que no tienen fe son más ciegos que los que no ven. Estamos en este mundo como en medio de una niebla; pero la fe es el viento que la disipa y que hace lucir un hermoso sol en nuestra alma.

San Francisco Coll, apóstol en los pueblos de Cataluña

FRANCESC XAVIER BISBAL I TALLÓ



De un hogar humilde a su profesión como dominico

EL domingo 11 de octubre de año de 2009, el papa Benedicto XVI canonizó al primer beato catalán de su pontificado, Francisco Coll i Guitart, dominico y fundador de las religiosas «Dominicas de la Anunciata». Por este feliz acontecimiento, vamos a repasar la vida de esta figura y lo haremos siguiendo la reciente carta pastoral que ha escrito monseñor Román Casanova, obispo de Vic, la diócesis natal de san Francisco, titulada «*Un foc encén un altre foc*».

Francisco Coll y Guitart nació en Gombrén (Ripollès), villa situada a los pies del santuario de Nuestra Señora de Montgrony, «*la Covadonga catalana*», el 18 de mayo de 1812, en un hogar humilde y piadoso, siendo el menor de once hermanos. Cuando él tenía 4 años, su madre enviudó y en soledad tuvo que llevar la carga del hogar y de los

siete hijos que le quedaban en vida. Fue ella, su madre, quien descubrió en él la vocación sacerdotal e hizo que le prepararan en la escuela para poder ingresar en el seminario de Vic, a los once años de edad.

Eran tiempos difíciles, estamos en pleno Trienio Liberal, y tres meses después de su ingreso en el seminario, fue asesinado el obispo de Vic, Francisco Ramon Strauch Vidal.

Cuando tenía quince años, un desconocido le dijo cerca del monasterio de Santa Teresa de Vic: «*Tú, Coll, tienes que hacerte dominico*». A partir de esta insinuación, nuestro Santo hizo un proceso de discernimiento y tomó la decisión de hacerse dominico. Sin embargo, al no poder pagar la pensión que se exigía a los novicios, no pudo ingresar en el convento de Santo Domingo de Vic. Lo hizo finalmente en Gerona, donde coincidió con Josep Sadoc i Alemany, hijo de Vic, y futuro primer arzobispo de California y padre conciliar en el Vaticano I. Francisco, ya en el plan de formación como dominico, hizo los votos solemnes en 1831 y recibió la ordenación diaconal en 1835 ante Nuestra Señora de la Merced, en Barcelona.

Exclaustrado, empieza su ministerio sacerdotal

CON la desamortización, el joven diacono dominico debe exclaustrarse y decide no abandonar el país, como si hicieron muchos de sus compañeros que partieron hacia Italia. Recibió la ordenación sacerdotal en el palacio episcopal de Solsona y celebró su primera misa en la ermita de San Jordi de Puigseslloses, cerca de donde había residido en su etapa en Vic. Con la orden del Papa a los obispos que aceptaran los religiosos exclaustrados, Francisco Coll se puso a las órdenes del obispo de Vic, que lo nombró vicario de Artés y Moià. En este último pueblo, el vicario tuvo que serenar la población, dividida después de los ciento veinte asesinatos en la guerra carlista. El predicó un tenso funeral, con un ambiente de venganza hacia los cooperadores de los carlistas, y iniciando su sermón con estas palabras, «Pobres madres! Pobres hijos! Pobres esposas!»; les explicó que el mejor sufragio que Moià podría ofrecer a sus hermanos e hijos difuntos era el perdón mutuo. Y fue tan eficaz que allí mismo se perdonaron

y abrazaron, no registrándose en el pueblo ninguna venganza particular.

Gran predicador por los pueblos de Cataluña

SAN Francisco Coll ya destacó en Moià por sus dotes de predicador. Y empezando con un novenario en Folgueroles en 1843, empezó una intensa labor predicadora en toda Catalunya que se extendió hasta el año de 1872, ganándose una fama notabilísima y congregando a grandes multitudes. san Antonio María Claret dijo de Francisco Coll que «*quan el Pare Coll passa per un poble darrere meu, encara hi pot espigolar alguna cosa. Quan jo passo després d'ell, no resta res per recollir*». Su biógrafo, Vito T. Gómez, afirma que «el padre Coll estaba dotado de grandes cualidades para el ministerio apostólico; era robusto, de estatura mediana, color sano, conformado por el sacrificio y las privaciones; tenía una voz potente que modulaba con facilidad; conseguía conectar inmediatamente con el auditorio; exponía doctrina sólida y bien razonada, con profusión de ejemplos y comparaciones. Estaba animado por un celo apostólico de la mejor ley, era un contemplativo que bebía con asiduidad de las fuentes de la vida cristiana y de su propia familia religiosa. Congregaba muchos auditorios y animaba a vivir en la tierra con el corazón puesto en el cielo...oraba largos ratos, estudiaba, escribía o repasaba los esquemas de sermones, componía libritos para ofrecer a las personas que misionaba... Prefería la sencillez y la dulzura en la exposición de los temas. En su programa misional atendía al confesionario y visitaba a enfermos y presos». (Esquema autobiográfico, 31). Como

ejemplo de su éxito basta citar el caso de Balaguer, donde predicó en la plaza mayor y congregó a más de nueve mil personas, con la circunstancia que el último predicador de esa plaza fue san Vicente Ferrer.

El papa Benedicto XVI, en la homilía de la beatificación, afirmó de san Francisco Coll que «su pasión fue predicar, en gran parte de manera itinerante y siguiendo la forma de «misiones populares», con el fin de anunciar y reavivar por pueblos y ciudades de Cataluña la Palabra de Dios, ayudando así a las gentes al encuentro profundo con él. Un encuentro que lleva a la conversión del corazón, a recibir con gozo la gracia divina y a mantener un diálogo constante con nuestro Señor mediante la oración. Por eso, su actividad evangelizadora incluía una gran entrega al sacramento de la Reconciliación, un énfasis destacado en la Eucaristía y una insistencia constante en la oración. Francisco Coll llegaba al corazón de los demás porque transmitía lo que él mismo vivía con pasión en su interior, lo que ardía en su corazón: el amor de Cristo, su entrega a él».

Fundador de las Hermanas Dominicas de la Anunciata

LA obra de la fundación fue fruto de muchos años de discernimiento y después de constatar, en sus recorridos por los pueblos, que faltaban escuelas: pocos niños y sobretodo pocas niñas asistían a clase y además escaseaban los maestros. Sobre el retroceso de la religión, Francisco Coll observaba lo siguiente: «una de las principales causas de la desmoralización de los pueblos es la ignorancia de la mujer y la falta de enseñanza religiosa. Esto me ha llevado a pensar como yo podría cooperar a la

San Francisco Coll se dedicó con ahínco a propagar el conocimiento del infinito amor de Dios, cumpliendo así fielmente su vocación en la Orden de Predicadores, en la que profesó. Su pasión fue predicar, en gran parte, de manera itinerante y siguiendo la forma de «misiones populares», con el fin de anunciar y reavivar por pueblos y ciudades de Cataluña la Palabra de Dios, ayudando así a las gentes al encuentro profundo con Él. Un encuentro que lleva a la conversión del corazón, a recibir con gozo la gracia divina y a mantener un diálogo constante con nuestro Señor mediante la oración. Por eso, su actividad evangelizadora incluía una gran entrega al sacramento de la Reconciliación, un énfasis destacado en la Eucaristía y una insistencia constante en la oración. Francisco Coll llegaba al corazón de los demás porque transmitía lo que él mismo vivía con pasión en su interior, lo que ardía en su corazón: el amor de Cristo, su entrega a Él.

Benedicto XVI. Homilía en la misa de la canonización de san Francisco Coll (11 de octubre de 2009)

salvación de tantas almas que se pierden por esta causa». Por eso él quería religiosas con el espíritu de Santo Domingo, que educasen cristianamente a las niñas en los pueblos pequeños.

El 15 de agosto de 1856, san Francisco Coll reunió a las primeras postulantes en una casa del Call Nou de Vic. Los primeros tiempos fueron de mucha dificultad, incluso el propio obispo intentó disuadirle por presión de la curia que consideraba que había demasiadas fundaciones. san Antonio María Claret para animarle le escribió: «no se asuste por contradicciones y persecuciones que usted y las hermanas tengan que sufrir; en esto conocerán que es obra de Dios. Y solo en Dios y en María Santísima pongan toda su confianza y no en los hombres».

San Francisco Coll dio a sus monjas las *Reglas per las Hermanas del Pare Sant Domingo* y en sus primeras líneas dice que las hermanas «en todos sus pensamientos, palabras y obras no buscaran otro fin que la gloria de Dios nuestro Señor, de María Santísima y del bien de las almas». En una ocasión les dijo: «el cielo es la vida eterna. Hacedlo todo por Jesús y María. De ellos recibiremos la recompensa eterna...trabajad, hermanas, mortificaros y sed muy humildes. Y no temáis, que la santísima Virgen no os dejará. Todos iremos a nuestra patria que es el cielo. Allí gozaremos de la visión clara de Dios y de su Santísima Madre».

Sus sufrimientos y últimos días

EL 1869 san Francisco Coll sufrió un ataque de apoplejía que lo dejó completamente ciego, pero él continuó predicando por cuatro años más. Recobrando un poco la vista, pudo decir cada día la misa de la Virgen María. En 1871 sufre un segundo ataque, pero persiste en su voluntad de continuar celebrando los sacramentos y de predicar, por ejemplo, en Calaf y Roda de Ter. En febrero de 1872, con un nuevo ataque pierde por completo la vista y ya no pudo celebrar más la Eucaristía. Tuvo aún tres ataques más, en uno de ellos se vieron resentidas sus facultades mentales y tuvo que ser sustituido en el servicio de las hermanas y trasladado a la casa sacerdotal de Vic. Allí falleció el 2 de abril de 1875, a los 63 años de edad.

Un retrato de su corazón

SIGUIENDO el retrato que monseñor Casanova hace de san Francisco, vamos a enumerar los rasgos más característicos de este varón ejemplar. En primer lugar fue un hombre de oración, que oraba y enseñaba a orar. En su libro *La hermosa Rosa*

enseña: «la oración es tan importante para nosotros como lo es el alimento para el cuerpo. Y así como el alimento es necesario para el rey y para el súbdito, para el rico y para el pobre, para el eclesiástico y para el seglar, de la misma manera, a todos estos les es indispensable la oración para cumplir sus deberes como buenos cristianos. El cristiano sin oración es como un árbol sin fruto, una fuente sin agua, un soldado sin armas y una plaza sin muralla que no puede defenderse de sus enemigos. La oración es la que hace buenos papas, buenos obispos, buenos reyes, buenos sacerdotes, buenos predicadores, buenos confesores, buenos padres y buenos hijos. Y, sin oración, ni estos ni los otros no cumplirán sus obligaciones de estado. La oración es el maestro que enseña a los santos la humildad, la paciencia, la castidad y las otras virtudes. Y si falta la oración, faltará la humildad, la paciencia, la castidad y las otras virtudes. En consecuencia, no puede ser un verdadero cristiano quien no tenga oración».

En segundo lugar fue un gran devoto y apóstol del Santo Rosario, como buen dominico, al que dedicó el libro *La escala del cielo*. Allí lo recomendó especialmente a los sacerdotes: «subid primeramente vosotros por esta escalera, allí encontraréis la doctrina más sólida y perfecta en sus peldaños, para llevaros a cumplir con toda perfección las obligaciones de vuestro sagrado ministerio».

Fue un hombre lleno de amor que enseñaba a amar, decía: «toda nuestra perfección consiste en el amor a Dios, porque solamente esta es la virtud que nos une con Dios. Amad a Dios y si no podéis concebir el poderosísimo motivo por el que amarle, hacedlo al menos, por gratitud, contemplando el amor que nos ha manifestado siempre».

Fue un hombre santo, humilde y alegre. Y de este último rasgo él escribió que «a excepción el pecado, no hay mal más grande que la tristeza. Algunas almas, para llevar una vida espiritual y recogida, llevan una vida melancólica. Es un gran error, porque el recogimiento nace del espíritu y amor de Dios; la tristeza y la melancolía, del demonio».

Con fama de santidad, el obispo de Vic Juan Perelló abrió su causa de beatificación en 1930. Ésta no se cumplió hasta que fue beatificado el 29 de abril de 1979 por Juan Pablo II. Ahora, treinta años después, la Iglesia católica en su conjunto tiene como modelo a este santo catalán y dice monseñor Casanova que «en estos momentos en qué aparece como realidad máxima para toda persona el que se conoce como 'realizarse', un hombre sencillo nos da el testimonio que la máxima realización no es hacer lo que uno quiere, sino descubrir la voluntad de Dios, por tal de cumplirla. Este es el secreto de la realización de san Francisco Coll y este es el secreto de la realización de toda persona, en el siglo XIX y en el siglo XXI».

La Cataluña que misionó san Francisco Coll

JOSEP M. MUNDET GIFRE

LA Revolución liberal anticristiana fue en España siempre a remolque y a gran distancia de la francesa. El cristianismo estaba mucho más arraigado y tenía más presencia pública en España que en Francia. Por otra parte, ni el jansenismo ni el equivalente al galicanismo tenían aquí la fuerza que en Francia. Por último, España no conoció, ni en intensidad ni en duración, nada semejante al período del Terror.

Hacia 1813 el que más tarde sería obispo de Vic y mártir de la fe, asesinado en 1823, fray Raimundo Strauch, escribía refiriéndose a la situación religiosa contemporánea y a la actitud de los españoles ante la Revolución: «¡Qué heroísmo tan sublime transmitiría a la posteridad! ¡Qué prelados tan apostólicos! ¡Qué clero tan edificante! ¡Qué religiosos y religiosas tan desprendidos del mundo! ¡Qué pueblo tan adherido a la religión de sus pastores y ministros del evangelio!» No faltará quien vea en estas palabras un exceso de idealismo pero lo que no cabe duda es que nada parecido hubiera podido escribirse de Francia.

La Constitución de Cádiz, reinstaurada tras el levantamiento de Riego de 1820, inició su andadura en Cataluña con la bendición de su episcopado, que en sendas pastorales procuró defender el texto constitucional de las acusaciones de anticristiano; señal inequívoca de que estas acusaciones estaban en la mente y en la boca de los catalanes. Así el obispo de Barcelona, don Pablo de Schar, decía: «No os dejéis fascinar, amados hermanos míos, no creáis que la Constitución de la Monarquía española pueda por ningún estilo perjudicar a la Religión católica...»

Pero un decreto, precedente del de 1835, no se hizo esperar: por él quedaban suprimidos todos los conventos monacales, incautadas sus propiedades y se reducía el número de los restantes. La legislación liberal fue acompañada por la persecución más o menos dirigida, pero al menos tolerada, por el Poder y que llevó al martirio, en Cataluña, a unos ochenta religiosos y sacerdotes, encabezados por el doctor Strauch, a la dimisión del obispo de Barcelona y al exilio del doctor Creus, obispo de Tarragona, y del obispo de Menorca.

El apoyo popular prestado a la Regencia de Urgell, el entusiasmo con que fue recibida y ayudada por los voluntarios catalanes la expedición enviada por la Santa Alianza ilustran, una vez más, el espíritu antiliberal de los catalanes.

Con el inicio de la guerra carlista los campos se deslindan de una manera definitiva. Porque junto a una Cataluña rural, tradicional y cristiana, convivía otra Cataluña, la de las ciudades y poblaciones más fabriles y mercantiles en las que tenían influencia las logias masónicas nutridas de militares y «burgueses» y que para sus motines persecutorios encontraron el apoyo de un incipiente proletariado de claros resabios anticlericales.

Las matanzas de frailes y la quema de conventos en Barcelona el 25 de julio de 1835, a la salida de una corrida de toros, seguidas por hechos semejantes en otras poblaciones de Cataluña –Ripoll, Poblet, Santes Creus (que son un lejanísimo precedente de la Semana Trágica)– son la eclosión de este anticlericalismo primario. Pero junto a este hecho tan espectacular hay otros prácticamente desconocidos y que ponen en evidencia el clima en que vivía el clero catalán ante el paso por los pueblos de milicianos nacionales y «partidas» liberales.

Sabemos los nombres y la naturaleza de tres mártires casi anónimos: el 10 de octubre de 1839 tres franciscanos, Carós y Solá de Santa Coloma de Farnés y Serra de Manlleu fueron muertos por los revolucionarios de Camprodón cuando regresaba de Albi (Francia), donde habían acudido para recibir el orden del presbiteriado.

Pero esta ida a Albi sugiere el estado en que se encontraban las diócesis catalanas: las que estaban en territorio marcadamente liberal por las descaradas persecuciones, depredaciones; las que caían en territorio carlista por frecuentes conflictos de autoridad entre los delegados apostólicos nombrados por Gregorio XVI y los obispos o vicarios episcopales «continuistas».

Las medidas persecutorias y desamortizadoras llegaron a las cotas máximas con los ministerios del conde de Toreno y Mendizábal. El primero suprimió por decreto de 4 de julio de 1835 (obsérvese, tres semanas antes de las matanzas y destrucciones de Cataluña) la orden de los jesuitas, pasando sus bienes al Estado. Y otro decreto del mismo 25 de julio suprimía, después de un preámbulo justificativo, basado en «el aumento inconsiderado y progresivo de monasterios y conventos, el excesivo número de individuos de los unos y la cortedad de los otros, la relajación que era consiguiente en la disciplina regular, y los males que de aquí se seguían a la Religión y al Estado»; se suprimían, decíamos, to-

dos los conventos y monasterios con menos de doce religiosos profesos de los que al menos las dos terceras partes fueran de coro. Quedaban a salvo del decreto los colegios de los escolapios y los de formación de misioneros para las provincias del Asia.

Por fin, el 3 de setiembre se devolvía a los compradores del Trienio liberal los bienes que la derrota de 1823 les había quitado.

Mendizábal empezó su labor sectaria prohibiendo las ordenaciones de diáconos y presbíteros y a continuación, por decreto de 11 de octubre de 1835, se suprimían aquellos centros de espiritualidad o de formación que el decreto del conde de Toreno había respetado por el número de sus profesos. Los bienes de los conventos suprimidos pasaban a ser propiedad del Estado.

Después de esto, cualquier eclesiástico que aspirara a un nombramiento debía jurar fidelidad a Isabel II. Ya sólo faltaba la desamortización, o sea, la venta en subasta de los bienes incautados.

La reacción moderada posterior a la caída de Espartero se encaminó en lo religioso a apaciguar a la Iglesia española mediante unas tímidas medidas que nunca tuvieron el carácter de una sincera rectificación. Fue más bien el descarado intento de lograr que la paz entre la Iglesia y el Gobierno indujera a los fieles españoles a prestar su incondicional apoyo a este último.

El historiador Vicente Cárcel Ortí resume la situación eclesiástica en España en los años cuarenta de esta forma: «Había sido abolida por completo la inmunidad eclesiástica personal y real, perdidos los diezmos y primicias, reducido el número de eclesiásticos, suprimidas las órdenes religiosas y cerrados todos los conventos y monasterios –980–, secularizados 30.000 frailes y monjas, ocupados los bienes de las religiosas, impedida la administración de órdenes sagradas a los aspirantes al sacerdocio, decretado el expolio de todos los bienes del clero y de las religiosas, usurpadas las obras de arte y objetos preciosos que poseían las iglesias, y los bienes de las fundaciones pías, autorizada la propaganda protestante y la impresión de libros impíos, obscenos e inmorales, etc., castigados y perseguidos los obispos que se opusieron a estas novedades».

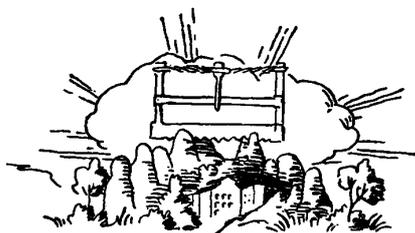
De las sesenta diócesis en que estaba dividida España, prácticamente sólo once estaban gobernadas por obispos. En el resto regían administradores apostólicos, algunos manifiestamente intrusos, im-

puestos por el Poder. La situación de las diócesis catalanas era especialmente deplorable: el arzobispo de Tarragona Echánove tuvo que exiliarse en 1835 porque temía por su vida y no pudo regresar hasta 1845. Lo mismo le ocurrió al de Tortosa, que falleció en 1939. Gerona, sin obispo desde 1834 por fallecimiento del titular, padeció durante un tiempo un administrador intruso. En 1845, cuando regresó Echánove a Tarragona, fue nombrado administrador apostólico de Gerona y Tortosa. El obispo de Lérida murió en el exilio en 1844 y la sede estuvo vacante hasta 1847. El de Solsona falleció en 1838 y la diócesis ya no tendría obispo, al ser suprimida por el concordato de 1851. El de Urgel, también exiliado, no regresó hasta 1847. Vic careció de obispo entre 1835 y 1848. Y Barcelona, la única diócesis que mantuvo una situación «normal», estaba regida por Martínez de San Martín, adicto al Gobierno y permisivo con su política eclesiástica.

Esta destrucción de la «estructura eclesiástica» iba acompañada y en parte era la causa de una amenaza de descristianización general por falta de asistencia espiritual frente al avance de doctrinas heréticas, la desazón provocada por las guerras, las persecuciones, la compraventa de bienes desamortizados y las tensiones dentro de la Iglesia (incluido el clero), motivadas por diferencias políticas.

La fecha de 1851, situada casi matemáticamente en la mitad del siglo XIX señala un punto de singular importancia en la historia de la Iglesia española. En este año se firma entre la Santa Sede y el gobierno de Isabel II un concordato. El concordato de 1851 no fue ningún instrumento ideal de regulación de las relaciones entre la Iglesia y el Estado; tampoco suscitó el entusiasmo generalizado de los cristianos españoles, especialmente de aquellos que habían luchado con las armas en defensa de los derechos de Don Carlos al trono de España. En efecto, pensaban los carlistas –y política y humanamente tenían razón– que la firma del representante pontificio al pie del documento suponía el reconocimiento del Estado liberal por parte de la Santa Sede, después de años de que ésta mirara con simpatía y benevolencia las fundadas pretensiones de Don Carlos.

El Concordato, al permitir, entre otras cosas, la provisión de las sedes vacantes, posibilitó el paulatino retorno a una normalidad; los estragos ya estaban hechos pero impidió que progresaran más.



«Yo vi nacer la Congregación Salesiana»

Recuerdos sobre Don Bosco de Juan Bautista Francesia

NICOLÁS ECHAVE, SDB

Su primer encuentro con Don Bosco

JUAN Bautista Francesia fue uno de los 17 que con Don Bosco estuvo presente aquel 18 de diciembre de 1859, hace 150 años, en el acto fundacional de la que empezó llamándose «Sociedad de S. Francisco de Sales». Sus recuerdos sobre el fundador constituyen un testimonio entrañable de los avatares de la primera hora.

Nos lo cuenta él mismo: «Recuerdo siempre, con infinita dulzura, la tarde de mi primer encuentro con él. Tenía apenas 12 años. Los muchachos del Oratorio contaban el coro de Verdi: «Va pensiero, sull' ali dorate»... La visión de aquel joven sacerdote de rostro radiante dirigiéndose a nosotros, sus palabras, sus actitudes, aquella música, aquellas oraciones, me atrajeron de un modo decisivo. Y desde aquella hora vespertina, tan bella e inolvidable, fui todo suyo.»

Juan B. Francesia vivirá al lado de Don Bosco durante 38 años. Había nacido en San Giorgio Canavese en 1838. Buscando trabajo, la familia había emigrado a Turín donde Juan encontró a D. Bosco en el Oratorio festivo. Dos años después, Don Bosco lo acogió en su casa como alumno interno. En ella fue testigo de las prodigiosas transformaciones que convirtieron aquel primer edificio en cuna de la congregación y ciudadela de María Auxiliadora.

Tras haber vestido el hábito eclesiástico en la pobre capillita de I Becchi el primer domingo de octubre de 1853, desarrolló precozmente en el Oratorio su exuberante actividad en las primeras clases de secundaria donde tuvo, entre sus alumnos, a Domingo Savio. Atendía, entretanto, a los estudios teológicos. Apenas ordenado sacerdote, sucedió a Don Rua en la dirección de la Secundaria del Oratorio frecuentando al mismo tiempo la Universidad de Turín y convirtiéndose en el primer licenciado en letras de la joven Congregación.

Por el mundo de la cultura

CONOCIENDO Don Bosco su profunda piedad y su brillante ingenio, le confía a Don Francesia la publicación de los textos latinos para las escuelas y quiso que formase parte de la comisión encargada de la Biblioteca de la Juven-

tud Italiana, que se inició en 1869. Desde entonces la actividad de Don Francesia no conoció pausa y desempeñó brillantemente los cargos más altos y difíciles: en 1869 fue nombrado por Don Bosco director del Colegio de Cherasco (transferido en 1872 a Varazze, donde permaneció hasta 1879. En 1880 ocupó el cargo de director en el colegio de Valsalice, desde donde regresó al Oratorio como director de los estudiantes... Fue inspector de las casas del Piemonte y Lombardía hasta 1902, director del Oratorio Femenino S. Ángela de Merici y de las *Lecturas Católicas*, confesor y predicador ordinario en María Auxiliadora y en otros institutos... Y en las horas libres, a su despacho, a escribir.

De su pluma surgieron más de una cincuenta de obras diversas sin contar las numerosas poesías y artículos para varios periódicos de los que era asiduo colaborador.

Enamorado de Don Bosco

FUE un gran narrador. Encontró en la vida del Santo y en la historia del Oratorio, un argumento inagotable, y no sólo escribió sino que lo hizo revivir familiarmente cada día con sus hermanos salesianos. En sus últimos años se convirtió en el último superviviente de las primeras filas, que contaba los inicios del Oratorio y recordaba las cosas aprendidas del santo fundador. Todas las noches su palabra, fascinante y persuasiva, seguía recordando un episodio, un ejemplo, una enseñanza del Padre. Eran la muestra de cómo su alma estaba llena del afecto por el santo que él había conocido durante largos años y amado siempre con amor entrañable.

De cómo lo había amado Don Bosco dan fe las palabras salidas de sus labios: lo llamó pupila de sus ojos.

«Nos parecía imposible»

EN 1860, tras los famosos registros dirigidos por el gobierno por su devoción al Papa, Don Bosco escribió las reglas de la «Sociedad de San Francisco de Sales» y se las mandó al Arzobis-



po Franzoni, exiliado en Lyon, con el ruego de que las revisara y corrigiera.

Era su respuesta a las amenazas del mundo, daba a entender que aquellas persecuciones no sólo no le habían espantado, sino que le otorgaban mayor ánimo y confianza en su misión. En 1861 se hicieron las primeras adscripciones: unos quince jóvenes pronunciaban la promesa de realizar un año de prueba antes de emitir los votos simples. «En 1862 fueron emitidos los votos de los que se habían inscrito, entre los que estaba yo mismo, sigue contando Juan Bautista Francesia. Recuerdo que Don Bosco nos dijo entonces que debíamos considerarnos como soldados de la Iglesia y del Papa y que, con la ayuda de Dios y nuestra correspondencia, aquella humilde sociedad, contaría con no menos de mil miembros, en el espacio de veinticinco o treinta años y se esparciría por muchas partes del mundo».

«A los que le escuchábamos nos parecía imposible que aquella sociedad, que él calificaba de humilde, y lo era, hubiera de multiplicarse tanto, y ahora, al cabo de 35 años, vemos cumplida ampliamente su palabra, ya que los profesos superan los mil quinientos».

En 1864 obtuvo el «decretum laudis» y un breve de Pío IX lleno de benevolencia. Todo por la recomendación de los obispos de nuestra archidiócesis, con la expresa declaración del vicario capitular de Turín, canónigo Giuseppe Zapata, de venerada memoria, que recomendó a la naciente sociedad con estas palabras: «Estos jóvenes sacerdotes viven bajo ciertas reglas y con una conducta tan ejemplar que constituyen una edificación para todos».

«Dios no tiene necesidad de nosotros»

Los problemas de la Congregación no terminaron con su fundación, comenzaron entonces las dificultades internas. Recuerdo que una vez, viendo que muchos se alejaban, me tomé la libertad de decir a Don Bosco: ¿No ve que todos nos dejan? A lo que me respondió: «Dios no tiene necesidad de nadie, somos nosotros, sus pobres

creaturas, los que hemos de mostrarnos agradecidos porque nos ha llamado. Si no secundamos su llamada, Dios llamará a otros que escucharán mejor su voz. ¡Verás como el Señor proveerá para llenar los huecos producidos! ¡Mira, recuerdo cuando fui abandonado por todos al inicio del Oratorio, entonces Dios me hizo ver la iglesia, la casa, clérigos, sacerdotes etc. Cuando lo explicaba, me preguntaban: pero, ¿dónde están?, y yo respondía: ¡No están todavía, pero yo los veo, si tenéis paciencia veréis también vosotros todas estas cosas! Me seguían preguntando: ¿estos clérigos y sacerdotes, qué hábito vestirán? Y yo les respondía: Vestirán el hábito de la virtud. Esta respuesta les convencía que estaba loco. Pero, poco a poco, vino el Oratorio, la iglesia, los pórticos, los clérigos y sacerdotes. No dudéis, superaremos también esta dificultad».

El secreto de la fe

Don Bosco no habría logrado fundar la Congregación y superar tantos problemas si no hubiese albergado una sólida fe en Dios que le ayudó siempre a afrontar innumerables obstáculos: «Recuerdo que una noche Don Bosco fue llamado al lecho de un joven moribundo a quien ya le habían sido administrados los últimos sacramentos y dijo: ¿Hacemos un milagro? Recemos un Pater, Ave y Gloria a Domingo Savio y veréis cómo el Señor devolverá la salud al enfermo. Rezamos la oración y luego Don Bosco le dijo al enfermo que se levantara y lo acompañase a cenar. Yo mismo –testimonia Don Francesia– vi al enfermo, ya curado y sano, sentado a la mesa tomando un poco de sopa que le habían preparado».

Don Bosco solía decir: «Con la ayuda de Dios hemos hecho muchas cosas y si somos fieles las haremos mayores».

Ayuno y tentaciones de Jesús en el desierto

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

«... 1 Entonces, Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo [(Lc 4) viviendo con los animales salvajes] 2 Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin tuvo hambre. 3 Se acercó a Él el tentador 4 y le dijo: Si eres Hijo de Dios manda que estas piedras se conviertan en pan. Él respondió: Está escrito 'El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios' (Dt 8, 3) 5 Entonces el diablo le llevó a la ciudad santa [(Lc 4) de Jerusalén], le colocó sobre el pináculo del templo 6 y le dijo: Si eres Hijo de Dios, tírate abajo; porque está escrito: 'Dará órdenes a los ángeles acerca de ti y te cogerán en sus manos, para que tu pie no tropiece en piedra alguna' (Ps 90, 10-11) 7 Jesús le respondió: También está escrito: 'No tentarás al Señor tu Dios' (Dt 6, 10) 8 De nuevo le llevó el diablo a un monte muy elevado, le hizo ver todos los reinos del mundo con su magnificencia, 9 y le dijo: Todas estas cosas te daré, si caes postrado para adorarme. 10 Entonces Jesús le contestó: Vete Satanás !; porque está escrito: 'Adorarás al Señor, tu Dios, y solamente a Él darás culto' (Dt 6, 13) 11 Entonces le dejó el Diablo [(Lc, 4) hasta otra ocasión] y se acercaron los ángeles para servirle ...» [Mt 4, 1-11 (Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-13)]

Escribe san Mateo, al iniciar este relato, una frase sorprendente: Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto «para ser tentado por el diablo». Es decir, es Dios mismo quien somete a su Hijo a la tentación diabólica. ¿Por qué quiso el mismo Hijo de Dios, permitiéndolo el Padre y movido por el Espíritu Santo, sufrir tal humillación? No lo vamos a considerar como una «prueba» porque, evidentemente, Jesús no podía, en ningún caso, «caer» en tales tentaciones; pero sí podemos pensar que si nuestro divino Maestro quiso ser en su naturaleza humana igual que nosotros, excepto en el pecado, no quiso tampoco pasar por alto uno de nuestros más duros enemigos del alma, mostrándonos además, con ello, muy claramente, de qué manera nos acosa el Tentador.

Todo este pasaje es ciertamente un misterio, y hay que pensar que si los evangelistas hablan de ello es sin duda por el propio Jesús, que debió de instruirles al respecto, del modo como obra el demonio, engañando y promoviendo sus debilidades o



Monasterio ortodoxo en el monte de las Tentaciones

ambiciones. Pero en ningún caso hay que tomar este pasaje como una alegoría o una parábola: Jesús, Dios y hombre verdadero, fue tentado realmente por el demonio.

Los tres sinópticos tratan el ayuno y las tentaciones de Jesús, aunque con extensión y orden distintos: san Marcos sólo indica que *Jesús fue tentado por el diablo*, mientras que san Mateo y san Lucas dan el relato completo pero invirtiendo el orden de la segunda y tercera tentaciones. Se suele adoptar, no obstante, la versión de Mateo, por ser un orden más lógico y sistemático.

Desarrollo de las tentaciones

La primera tentación (tanto en la versión de san Mateo, como en la de san Lucas) es la que pretende inducir a Jesús a realzar un milagro en su propio provecho, es decir, porque tiene hambre. El Maestro le responde con una cita del Deuteronomio.

La segunda, siguiendo a san Mateo, es peor que la primera, ya que no sólo le tienta a hacer un mila-

gro en provecho propio, sino que, además, se trataría de un acto ostentoso impropio de nuestro Señor. Además, el tentador se atreve, a su vez, a citar el salmo 90 para apoyar su pretendida seducción. Jesús, a su vez, le responde con otra cita del Deuteronomio.

La tercera, igualmente según san Mateo, es la verdadera tentación satánica: ¡le pide adoración! (misterioso atrevimiento del demonio). Finalmente, Jesús le desenmascara: «Vete Satanás» al tiempo que, de nuevo, le cita el Deuteronomio.

Una cosa que llama la atención es el hecho de que el demonio «se atreviera» a tentar a Jesús ¿Acaso no conocía realmente su filiación divina? Los comentaristas clásicos, especialmente los Santos Padres, creen que, realmente, o no lo sabía o no estaba seguro de ello; tal vez intuyera que se trataba del Mesías, pero sin saber que como tal, era el Hijo de Dios. Es creencia muy arraigada entre los escolásticos que el demonio, aunque como ángel que fue, tiene el conocimiento muy por encima de la capacidad humana, sin embargo no puede conocer el futuro y así, yerran frecuentemente en sus vaticinios los magos y adivinos que le son fieles. De la misma manera podemos suponer que la naturaleza divina de Jesús, oculta como estaba, escapaba a su capacidad de comprensión. Una cosa digna de ser notada: el demonio presenta «... *todos los reinos del mundo con su magnificencia* ...» como «suyos».

Lugar de las tentaciones

No es muy preciso el evangelio respecto del lugar de las tentaciones, aunque parece claro que se trata del desierto de Judea, y probablemente no muy lejos de donde san Juan predicaba, ya que fue poco después de que Jesús se hiciera bautizar por él.

En Jericó, mirando hacia el oeste, hay una barrera montañosa desde la que se divisa no sólo la ciudad, sino todo el oasis en el que está edificada. Es conocida como el «Monte de la Tentación» y la tradición la identifica con el lugar, porque además de estar situada ya en el desierto, en dirección a Jerusalén, es fácil imaginarlo como el lugar en que el demonio dice «todo esto te daré...» No es que se vean «todos los reinos del mundo», pero la visión del oasis y la ciudad, que en tiempos de Herodes fue grande y rica, puede dar perfectamente esta sensación.

De todas formas, no es imprescindible que la ubicación sea materialmente exacta, ya que siendo el demonio un espíritu puro, estas tentaciones pudieron realizarse dentro del ámbito de lo sobrenatu-



Vista de Jericó desde el monte de las Tentaciones

ral. Ello no quitaría ni un ápice de realidad a dichas tentaciones, y Jesús podría estar situado en la zona porque allí es donde se retiró para ayunar. A este respecto se puede pensar que estos «transportes» que realiza el demonio al colocarle en el pináculo del Templo, o en el «Monte de las tentaciones» son visiones que infunde para tentar, sin que necesariamente se debe estar físicamente allí.

Respecto a los cuarenta días de ayuno, que parecen desmesurados, podría tratarse de una cifra simbólica como la mayoría de las cantidades numéricas en la Biblia; sin embargo, no es necesario apelar a este simbolismo para interpretarlo. Un autor tan prestigioso y solvente como Giuseppe Ricciotti, al comentar este pasaje de los evangelios, no deja de notar que Jesús al entrar en oración pudo tener una comunicación extática con el Padre Eterno, que dejara en suspenso todas sus propias funciones vitales; no es necesario, por tanto, apelar a ningún sentido alegórico. En todo caso, al salir de este éxtasis de oración, «sintió hambre», y es entonces cuando Satanás le tienta.

Al final del relato, dice san Mateo: «... y se acercaron los ángeles para servirle ...», pero es notable el detalle aportado por san Lucas: «... entonces le dejó el diablo hasta otra ocasión» (Lc 4-17). Esta otra ocasión se produjo en la Pasión; recordemos la frase de Jesús en el prendimiento en Getsemaní: «Esta es la hora y el poder de las tinieblas» (Lc 22-53).



Pequeñas lecciones de historia

El Cura de Ars (I): la infancia bajo el Terror

GERARDO MANRESA

CUANDO la Constitución civil entró en vigor, Juan-María Vianney tenía cinco años. Era el mes de enero de 1791. El cura de Dardilly, don Jacobo Rey, párroco desde hacía treinta y nueve años, tuvo la debilidad de prestar el juramento cismático, pero ante el ejemplo de su coadjutor se arrepintió y no tardó en reconocer su falta, y se marchó del pueblo.

La salida del señor Rey no causó, en el pueblo, la turbación que podía creerse, pues la iglesia continuó abierta y llegó otro sacerdote enviado por el obispo juramentado de Lyon. Mas, ¿cómo podían sospechar las sencillas gentes de Dardilly que aquella Constitución, de la cual ignoraban hasta el nombre, podía conducir al cisma? Ningún cambio aparente se había introducido ni en las ceremonias religiosas ni en las costumbres parroquiales. Aquellas inocentes almas asistieron durante algún tiempo, sin escrúpulos, a la misa del «sacerdote juramentado». No tardaron, sin embargo, en abrir los ojos. Catalina, la hermana mayor de Juan-María, que no pasaba de los doce años, fue la primera en sospechar el peligro. En el púlpito no trataba siempre, el nuevo párroco, los mismos temas que el señor Rey, ni hablaba de la misma manera. Las palabras *ciudadano*, *civismo*, *constitución* eran el adorno habitual de los sermones; incluso se le escapaban ataques contra sus antecesores. Además, empezaron a notar que las personas más fervorosas dejaban de ir a los divinos oficios y, por contra, acudían otros que jamás habían frecuentado la iglesia. Catalina se lo hizo ver a su madre.

Así iban las cosas cuando los Vianney recibieron la visita de sus parientes de Écully. «Ah, qué hacéis, los buenos sacerdotes han rehusado el juramento. Por ello se les busca y persigue y se les obliga a dejar las iglesias. Por suerte, en Écully tenemos algunos buenos sacerdotes entre nosotros. Con su juramento vuestro cura se ha separado de la Iglesia». Así se enteró la familia Vianney de la situación irregular del párroco de Dardilly, y la madre de Juan-María no tuvo ningún reparo en irle a reprochar su divorcio de la Iglesia y hacerle ver que toda rama separada no da fruto. La familia no volvió a pisar dicha parroquia mientras estuvo aquel sacerdote «juramentado». Pocos meses más tarde, en la época del Terror de 1793, se cerró la parroquia.

La persecución de los sacerdotes fieles a Roma era muy fuerte, pues se exponían a ser encarcelados y muertos en veinticuatro horas, y quien los denunciase recibiría cien libras en recompensa. Pero los fieles velaban por el bien de estos sacerdotes, que no cesaban de correr en auxilio de los feligreses, con misas, confesiones, bautizos, etc. Se enviaban mensajeros que decían dónde y cuándo iba a celebrarse el santo sacrificio y así se preparaban para ello, y por la noche hacían lar-

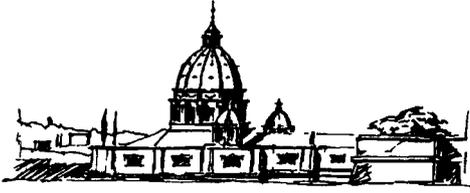
gas caminatas para acudir de los pueblos vecinos. Después de las confesiones y los preparativos empezaba el santo sacrificio. Juan María, aunque no había hecho la primera comunión, asistía en muchas ocasiones a estas celebraciones y así celebró su primera confesión y también de esta forma celebró su primera comunión.

Un día en 1797, el reverendo Groboz, que estaba en Écully, pasó por Dardilly y visitó a la familia Vianney, bendijo a los niños y al llegar a Juan-María, le dijo: —¿Cuántos años tienes? —Once años, le contestó. —¿Desde cuando no te has confesado? —Todavía no lo he hecho. —Pues bien, hagámoslo enseguida. «Siempre me acuerdo de ello, decía más tarde el santo, era en casa, al pie de nuestro reloj». El reverendo Groboz convenció a su madre para que dejara duante unos meses ir a Juan María a Écully, donde unas damas podrían enseñarle el catecismo para hacer la primera comunión.

Era el año 1799, en el «segundo Terror», al tiempo de segar el heno. Después de un tiempo de calma, tras la muerte de Robespierre, volvió la persecución. Los católicos eran aún más perseguidos, sus sacerdotes muertos o deportados a la Guayana, el papa Pío VI, cautivo de la Revolución, el calendario republicano continuaba en vigor y la década seguía reemplazando a la semana. Las fiestas religiosas cristianas estaban proscritas y se habían sustituido por ridículas ceremonias del campo. Los reverendos Groboz y Balley escogieron una casa en Écully para celebrar la primera comunión de los niños. Muy de mañana, los diez y seis niños fueron llegando separadamente y en trajes ordinarios. La gran sala con los postigos bien cerrados, pues los niños iban con velas y no se debían ver, con carretas de hierba delante de las ventanas, que varios hombres se encargaban de cargar y descargar durante la ceremonia para vigilar; las madres, con gran disimulo, habían llevado largos mantones, los velos o los brazales blancos, para vestir a sus hijos para el gran momento. Juan María tenía trece años y podemos pensar que siendo tan mayor debía tener muchas ganas de recibir a Cristo.

Recibió la Eucaristía lleno de fe, al igual que muchos de aquellos niños que en aquella circunstancia tan comprometida seguramente se entregaron con más ganas al Señor. Celebrada la fiesta, Juan-María y su familia volvieron a su casa en Dardilly. Más tarde, el reverendo Vianney no podrá hablar sin lágrimas de su primera comunión. Pasados cincuenta años, mostrará a los niños de Ars el sencillo rosario que llevaba aquel día y les exhortará a guardar los suyos como recuerdo precioso.

La infancia vivida en aquellas circunstancias le debió de hacer meditar, durante los años siguientes, el valor de la vida vivida con entrega al Señor, y así no dudó ni un solo momento en entregarse a Él, cuando se lo pidió.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

X Simposio Internacional sobre san José

EL Simposio Internacional sobre San José, iniciado en 1970 en Roma y que ha venido celebrándose desde entonces cada cuatro años, ha tenido lugar en esta ocasión en la ciudad polaca de Kalisz. La reunión, organizada por la Congregación de los Josefinos de Murialdo, se celebró en la ermita del santuario de San José de Kalisz, una de las ciudades más antiguas de Polonia, y en el seminario diocesano entre el 27 de septiembre y el 4 de octubre y ha contado con la participación de josefólogos del mundo entero (España, México, Chile, El Salvador, Italia, Francia, Alemania, Estados Unidos, Angola, la India, Polonia).

Los actos del congreso comenzaron con una solemne celebración y la inauguración del nuevo centro «Jozefologiczne», frente al cual fue colocada una imponente estatua de san José, y se desarrollaron en dos sesiones científicas diarias, con unos sesenta informes en diversas lenguas, reservando también un espacio diario a la oración y a las Eucaristías en el Santuario. El tema general del Simposio, «San José, patrón de la Iglesia de nuestro tiempo», fue tomado del título del último capítulo de la exhortación apostólica *Redemptoris custos* de la que este año se cumple su vigésimo aniversario.

Entre los numerosos ponentes que participaron en el Simposio podemos destacar: Juan Pablo II, mediante un vídeo de su visita a Kalisz en 1997 en que destacó la importancia de san José y de su santuario; monseñor Zygmunt Zimowski, presidente del Consejo Pontificio para los Agentes Sanitarios, sobre san José en los escritos y en la vida de Benedicto XVI; la hermana Regina Kolinko, sobre san José como modelo de vida espiritual y patrón para las personas consagradas; la hermana Dolores Siuta, sobre san José, hombre del optimismo cristiano y de la alegría evangélica; el padre Giuseppe Piccino, sobre el patrocinio de san José en la historia del culto cristiano; el padre Gabriel Rodríguez, sobre san José en la historia y en la poesía; el padre Enrique Llamas, sobre la teología y el patrocinio de san José; Krysztof Konecki, sobre san José desde la reforma del Concilio Vaticano II; el padre Guglielmo Spirito, sobre la Orden de los Frailes Menores Conventuales; Wojcieck Hanc, sobre la dimensión ecuménica del culto a san José a la luz de los diálogos entre las diversas confesiones; el padre José de Jesús María,

sobre san José desde el punto de vista de la historiografía; Daniel Picot, sobre las apariciones; el padre Angelo Catapano, sobre san José en las representaciones en el cine y la televisión actuales; el padre Pedro Olea sobre el «evangelio morisco de Bernabé».

El mensaje final del Simposio recoge el compromiso de pedir a las conferencias episcopales nacionales que introduzcan en todas las plegarias eucarísticas el nombre de san José, añadiendo después de María las palabras «con san José su esposo», según lo estableció en su momento Juan XXIII. El próximo Simposio internacional sobre san José se celebrará en 2013 en Guadalajara (México).

La Comunión Tradicional Anglicana acepta la propuesta de Roma

EL papa Benedicto XVI, en respuesta a numerosas peticiones realizadas en los últimos años a la Santa Sede por grupos de anglicanos que desean ingresar en la comunión plena y visible con la Iglesia católica romana, y están dispuestos a declarar que comparten la fe católica común y aceptan el ministerio petrino como querido por Cristo para su Iglesia, publicó el pasado 4 de noviembre la constitución apostólica *Anglicanorum coetibus* mediante la cual introduce una estructura canónica (los ordinariatos personales) que permitirá a los antiguos anglicanos entrar en comunión plena con la Iglesia católica preservando elementos del distintivo patrimonio espiritual y litúrgico anglicano. En este sentido la constitución apostólica ofrece una respuesta razonable y necesaria para un fenómeno mundial, presentando un modelo canónico único para la Iglesia universal, adaptable a las distintas situaciones locales y equitativo para los antiguos anglicanos en su aplicación universal.

Conocido el ofrecimiento del Sumo Pontífice, la Comunión Tradicional Anglicana de Gran Bretaña ha sido la primera en aceptar formalmente el ofrecimiento del Sumo Pontífice en el sínodo celebrado el pasado 28 de octubre en el Priorato de Saint Catherine. La votación fue unánime, a pesar de que la constitución apostólica aún no se había publicado.

La resolución del sínodo anglicano ofrece «su gozoso agradecimiento a Benedicto XVI» y la consumación de aquello por lo que «habían pedido y

rezado durante décadas», según palabras del arzobispo Hepworth, Primado de la Comunión. Tomando pie de la parábola del hijo pródigo, se dirigió a los católicos en general y a los anteriores conversos afirmando que «es el mismo Santo Padre quien ha elegido matar el novillo cebado» y recordó también la parábola de los trabajadores de la viña. Por su parte, el presidente de la asociación Forward in Faith, John Broadhurst, obispo de Fulham, hizo público un comunicado dirigido a los miembros de esta asociación en todo el mundo en el que se declara «impresionado» por el contenido de la Constitución y afirma que «Roma ofrece lo que la Iglesia de Inglaterra ha negado».

Diálogo con la Fraternidad San Pío X

EL lunes, 26 de octubre de 2009, se celebró en el Palacio del Santo Oficio, sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe y de la Comisión Pontificia «Ecclesia Dei», el primer encuentro de la comisión de estudio, conformada por expertos de la misma Comisión y de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X con el objetivo de examinar las dificultades doctrinales que siguen existiendo entre la Fraternidad y la Sede Apostólica.

En un clima cordial, respetuoso y constructivo, según el comunicado vaticano, se hizo hincapié en las mayores cuestiones de carácter doctrinal que se tratarán y discutirán durante los coloquios de los próximos meses, que probablemente tendrán lugar dos veces al mes. En particular, se examinarán las cuestiones relativas al concepto de Tradición, al Misal de Pablo VI, a la interpretación del Concilio Vaticano II en continuidad con la tradición doctrinal católica, a los temas de la unidad de la Iglesia y de los principios católicos del ecumenismo, de la relación entre el cristianismo y las religiones no cristianas y de la libertad religiosa. A lo largo del encuentro, también se precisó el método y la organización del trabajo.

Como representantes de la Comisión vaticana participaron el dominico suizo Charles Morerod, secretario de la Comisión Teológica Internacional, el jesuita alemán Karl Josef Becker y el vicario general del Opus Dei, el prelado español Fernando Ocáriz Brana. El obispo Bernard Fellay, superior de la Fraternidad, ha nombrado como representantes al obispo Alfonso de Galarreta, director del Seminario Nuestra Señora Corredentora de La Reja (Argentina); al padre Benoît de Jorna, director del Seminario Internacional San Pío X de Ecône (Suiza); al padre Jean-Michel Gleize, profesor de eclesiología del seminario de Ecône; y al padre Patrick de La Rocque, prior del Priorato de San Luis en Nantes (Francia).

Compendium Eucharisticum

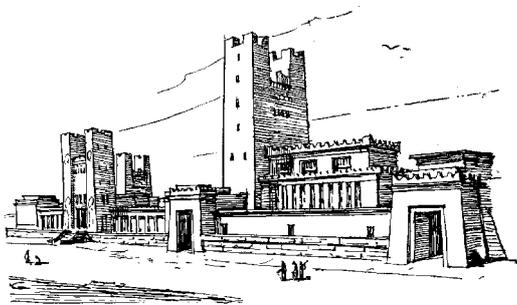
ACOGIENDO la petición realizada por los padres de la XI Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos celebrada en Roma en 2005, con el tema «La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y la misión de la Iglesia», y según anunció Benedicto XVI en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, la Libreria Editrice Vaticana ha publicado un *Compendio eucarístico* para ayudar al pueblo cristiano a creer, celebrar y vivir cada vez mejor el Misterio eucarístico.

El Compendio está dividido en tres secciones: doctrinal, litúrgica y devocional. La sección doctrinal contiene extractos del decreto del Concilio de Trento sobre la Eucaristía, del Vaticano II, del Compendio del Catecismo sobre la Eucaristía y un comentario sobre las cuatro plegarias eucarísticas. La sección litúrgica contiene el *Ordo Missae* del *Novus Ordo*; el *Ordo Missae* del *Missale Romanum* de 1962; el Oficio de Corpus Christi de la *Liturgia Horarum*; el oficio completo para Corpus Christi del *Breviarium Romanum* de 1961; el Ordo de bendición con el Santísimo Sacramento; siete letanías y un número de himnos eucarísticos. La parte devocional contiene las oraciones para antes de la Misa, las oraciones para después de la Misa, las oraciones para revestirse del sacerdote y del obispo y otras oraciones devocionales. Finalmente se añaden algunos apéndices, como el libro IV de la *Imitación de Cristo*, una sección del Código latino de 1983 y una sección del Código oriental de 1990 sobre la Eucaristía.

Cuarto sacerdote asesinado en Brasil

SEGÚN informaba Zenit, el padre Hidalberto Henrique Guimarães, apuñalado y golpeado hasta la muerte este sábado 7 de noviembre, se ha convertido en el cuarto sacerdote asesinado en Brasil en poco menos de cinco meses a manos de jóvenes asesinos.

El primer homicidio fue el del padre Gisley Azevedo Gomes, de 31 años, consultor de la sección juvenil de la Conferencia Nacional de los obispos de Brasil, asesinado por un grupo de jóvenes el 15 de junio en Brazlandia, ciudad satélite de Brasilia. El 19 de septiembre falleció el sacerdote italiano del instituto Fidei Donum Ruggero Ruvoletto, de 52 años, de un golpe en la cabeza, en Manaos. El 26 de septiembre, el padre Evaldo Martiolo, de 33 años, perteneciente a la diócesis de Caçador, fue asesinado por dos jóvenes durante un hurto que acabó en homicidio.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

La política del hijo único en China

Es bien sabido que, sobre todo desde 1978 hasta nuestros días, es el estado chino el que establece el número de nacimientos permitidos, recurriendo si es necesario a imponer el aborto o las esterilizaciones forzadas, además de multas y confiscaciones de propiedades a quienes no han seguido las directrices de planificación establecidas desde el poder.

Fue en 1978 cuando, durante el V Congreso Nacional del Pueblo se introdujo en la Constitución de la República Popular China el concepto de control demográfico. Un año después el Consejo de Estado aprobaba la política del hijo único adoptando una política de incentivos para quienes seguían las directrices gubernamentales: premios económicos, permisos de maternidad más largos, facilidades para obtener una casa, mejor acceso a la sanidad e incluso asignación de terrenos y animales. Además, el estado chino fijaba una edad mínima para contraer matrimonio, de 22 años para los hombres y 20 para las mujeres, como medio indirecto de disminución de la natalidad. En 1980 esta estrategia se endureció cuando el Comité Central del Partido Comunista Chino introdujo la obligatoriedad del hijo único como prioridad absoluta del gobierno. Como consecuencias de esta intensificación, en 1983 se lanzó una campaña de esterilización masiva que afectó a más de veinte millones de mujeres en edad fértil. Estas campañas se han ido repitiendo periódicamente desde entonces hasta nuestros días.

Esta política fue reafirmada en 2001, en la XXV sesión del IX Comité permanente del Congreso del Pueblo con una nueva normativa, entrada en vigor en septiembre del año siguiente, y que contenía la siguiente directriz: «las mujeres que queden embarazadas sin permiso deben obligatoriamente someterse al aborto». Además, se prevén detenciones, multas y confiscaciones para los padres desobedientes. Para ejecutar esta política demográfica la Comisión de Estado para la Planificación Familiar china cuenta con 520.000 empleados a tiempo completo y la Asociación para el Control de los nacimientos con más de 83 millones de colaboradores a tiempo parcial.

Uno de los efectos más evidentes de estas políticas ha sido el gran número de niños abandonados, sobre todo mujeres, pero también varones con discapacidades, y el desarrollo de un importante mercado de tráfico de seres humanos, con numerosos secuestros de niños para ser vendidos. Estos horrores contrastan con la actitud de Naciones Unidas, que a través del UNFPA, el Fondo para la población y el desarrollo de la ONU, ha apoyado y dado soporte logístico y formativo al gobierno chino en sus políticas antinatalistas. En 1983 China llegó incluso a recibir el premio de Naciones Unidas para la población por haber «dado la más evidente contribución al conocimiento de los problemas demográficos», mientras que más de veinte millones de dólares fueron asignados en 1998 a un programa de cooperación formal entre la ONU y China.

Informe del Departamento de Estado norteamericano sobre libertad religiosa: cada vez se persigue a más cristianos

COMO cada año en esta época, el Departamento de Estado norteamericano ha hecho público su último informe anual sobre libertad religiosa, una fuente valiosa de información para contrastar lo que muchas veces sólo intuimos o no somos del todo conscientes de su gravedad. Por ejemplo, la falta de respeto existente en el mundo islámico, donde son muchos los países en los que la ley islámica se impone a toda la población. En el Afganistán libre de los talibanes se constata que «los grupos minoritarios no musulmanes, entre los que se incluyen cristianos, hindúes y sijs, siguen enfrentándose a incidentes de discriminación y persecución».

En otro de los países aliados de Occidente, Egipto, el informe observa que en la práctica el gobierno impone restricciones al derecho a practicar la religión cristiana, mientras que la falta de investigación y procesamiento de los autores de la violencia sectaria, añade el informe, ha contribuido a un clima de impunidad que ha animado a la repetición de los asaltos contra los cristianos coptos.

Pero no se trata sólo de elementos descontrolados:

un tribunal egipcio sentenció a un sacerdote copto a cinco años de trabajos forzados por officiar en una boda entre un copto y un convertido del islam, al que se acusó de presentar documentación falsa.

En cuanto a Pakistán, el informe afirma: «La legislación discriminatoria y la falta de actuaciones del gobierno contra las fuerzas sociales hostiles a quienes practican una creencia religiosa diferente han fomentado la intolerancia religiosa, los actos de violencia, y la intimidación contra las minorías religiosas». Otro tanto ocurre en Irán e Iraq, donde los cristianos viven sometidos a una continua presión que, de vez en cuando, se desborda en episodios de violencia y favorece un éxodo que está borrando la huella cristiana de lugares que recibieron las primeras predicaciones.

El informe también se ocupa de la India, donde ha habido numerosos incidentes de violencia contra los cristianos. El Departamento de Estado señala que algunos gobiernos estatales y locales han impuesto límites a la libertad religiosa. A su vez, los extremistas religiosos han cometido numerosos atentados terroristas por todo el país durante el periodo analizado en el informe. El Departamento de Estado mencionaba la violencia que estalló en Orissa, en agosto de 2008, cuando, según estadísticas del gobierno, cuarenta personas murieron y 134 fueron heridas.

Si dirigimos nuestras miradas a China, el informe indica que, durante el periodo de 12 meses examinado, los funcionarios chinos han seguido sometiendo a pesquisas e interfiriendo en algunos casos las actividades de los grupos religiosos.

A la hora de elaborar un ranking de represión y violencia contra el libre ejercicio de la religión, los trece países que son clasificados bajo el epígrafe de «países de especial preocupación» tienen en común la persecución contra los cristianos: Birmania, Eritrea, Irán, Iraq, Nigeria, Corea del Norte, Pakistán, China, Arabia Saudí, Sudán, Turkmenistán, Uzbekistán y Vietnam.

Los musulmanes en el ejército norteamericano

EL trágico asesinato de trece militares norteamericanos en Fort Hood, Texas, a manos del sargento Nidal Malik Hasan, quien abrió fuego sobre sus compañeros al grito de «Allahu Akbar», ha llamado la atención sobre los tres mil soldados musulmanes que prestan servicio en las filas del ejército estadounidense. Es evidente que la mayoría de ellos son leales a su país y su ejército, pero tampoco se puede ocultar que el de Fort Hood no es el primer incidente de este tipo. Ya en marzo de 2003 un soldado norteamericano musulmán,

Asan Akbar, lanzó varias granadas en tres tiendas en las que se encontraban oficiales de la 1ª Brigada Airborne 101, causando la muerte de uno de ellos y heridas de gravedad a otros quince. En mayo de 2007 fueron detenidos seis militares musulmanes que planeaban un ataque contra Fort Dix en Nueva Jersey, y tampoco podemos olvidar que John Allen Muhammad, el francotirador que asesinó indiscriminadamente a diez personas y que el pasado 14 de noviembre fue ejecutado, era veterano de la Guerra del Golfo y converso al islam.

Cada vez parece más claro, pues, que una minoría entre los soldados norteamericanos de religión musulmana han abrazado las tesis más radicales y se han convertido en una quinta columna que amenaza la seguridad de las tropas estadounidenses en sus propias bases. No se puede descartar algún tipo de medida para vigilar más de cerca a este colectivo, pero aquí queremos señalar el origen de este fenómeno, ilustrativo de las consecuencias no deseadas que demuestran que, muy a menudo, los hombres no tenemos el control sobre las ramificaciones de nuestras acciones y se provocan resultados contrarios a la intención inicial.

Cuando el presidente George H. Bush se lanzó a la primera guerra del Golfo en 1990 su intención era castigar a Iraq y apoyar a los aliados norteamericanos en la zona, el invadido Kuwait y Arabia Saudí, al tiempo que se pretendía estabilizar la zona y limitar la capacidad de acción de los extremistas. Que la estabilidad en Oriente Medio no se ha logrado, resulta evidente, pero lo curioso es que, de la presencia de las tropas norteamericanas en el Golfo se derivan la radicalización y las conversiones al islam que ahora provocan tanta preocupación en Estados Unidos. En efecto, durante la Guerra medio millón de soldados norteamericanos fueron estacionados en Arabia Saudí, sujetos eso sí a la prohibición existente en aquel país para cualquier expresión o práctica religiosa no musulmana. Por el contrario, el gobierno saudí dedicó generosos fondos a un programa para convertir al islam al máximo número posible de militares estadounidenses. Los militares que se consideraba proclives al islam o susceptibles de abrazarlo recibían generosos regalos y eran invitados a la Meca.

El comandante en jefe de las fuerzas saudíes en el Golfo, príncipe Khaled bin Sultan, escribió en sus memorias que más de dos mil soldados americanos se convirtieron al islam como consecuencia de esa campaña. Dos décadas después, muchos de esos conversos han abandonado el Ejército estadounidense, pero la semilla del islam wahabita saudí, sembrada durante la guerra del Golfo por un teórico aliado de Estados Unidos, ha germinado y resulta cada vez más amenazadora.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

ROBERT HUGH BENSON

Alba naciente

Madrid, Homo Legens, 2009

Benson escribió una magnífica novela, *El señor del mundo*, cuya actualidad nos lleva a recomendarla a todos los que no la hayan leído. También fue publicada por Homo Legens, y en ella trata del advenimiento del anticristo. Con un buen conocimiento de las Escrituras y percepción profunda de los movimientos sociales e ideológicos de su época (finales del XIX y principios del XX), Benson intuye la forma que tomará la rebelión contra Dios y la lleva a la ficción. La alegoría, en estos tiempos de Obama y globalización, resulta tan atrayente como inquietante.

Señala el autor en el prólogo que *El señor del mundo* sumió a algunos católicos en un cierto pesimismo. Ciertamente apunta que fue «depresión y desaliento para los cristianos optimistas». Los que simplemente vivimos esperanzados no nos deprimimos por lo que imagina Benson, pues entendemos que la victoria de Jesucristo es total y definitiva por más que la Iglesia deba pasar por terribles pruebas. Es por ello que Hugh Benson decidió, manteniendo el género parabólico, suponer que ocurriría si el mundo en vez de seguir el desarrollo del pensamiento moderno avanzara en dirección contraria. Fruto de esa idea es *Alba naciente*.

La novela no tiene la grandeza de su predecesora pero resulta interesante porque es uno de los pocos

intentos de describir un mundo totalmente católico en el que las ideologías contrarias a Dios desaparecen y universalmente se reconoce a la Iglesia. Sólo por ese motivo merece ser atendida. Conviene, antes de adentrarse en su lectura, leer el prólogo de Sergio Gómez Moyano, en el que se distingue entre el dogma y las aplicaciones concretas del catolicismo, en esa sociedad imaginada en la novela, propuestas por Benson. Como le sucede al protagonista, monseñor Materman, nos es más fácil ver a la Iglesia perseguida que no reinante. Era también la concepción de Benson, y no deja de percibirse en el modo de tratarse ciertas cuestiones.

Por otra parte hay intuiciones que resultan interesantes, como la superación del conflicto entre ciencia y fe, o qué sucedería en un país en la que la ley divina lejos de ser postergada se convirtiera en luz capaz de influir en el derecho nacional y en las formas de regular la convivencia. No se obvia el tema de la libertad que deberían tener los no creyentes y su modo de ordenarla. Y, aunque las soluciones propuestas nos puedan resultar chirriantes en algunos puntos, Benson nos ofrece la oportunidad de reflexionar sobre puntos que, frecuentemente, ladeamos y a los que no prestamos atención. Sin llegar al futuro propuesto en la novela sirve, por ejemplo, para pensar sobre qué debería o no esperar un católico de la política y qué puede, o no, exigir a sus representantes cuando estos se confiesan hijos de la Iglesia. Pero no deja de ser una novela y como tal ha de ser tratada.

Pensamientos del Cura de Ars

Hay dos cosas para unirse a nuestro Señor y salvarse: la oración y los sacramentos. Todos los que han llegado a santos han frecuentado los sacramentos y han elevado su alma a Dios a través de la oración.

* * *

La oración es la escalera misteriosa que conduce al cielo.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

En torno a la prohibición de los crucifijos en las escuelas

El historiador y autor de varios libros Martin Kugler, afirma que la verdadera libertad religiosa «no es la libertad de la religión» en respuesta a la decisión tomada por el Tribunal europeo para los Derechos Humanos de eliminar los crucifijos de las escuelas italianas.

El director de la red de denuncia Christianophobia, propone doce puntos que reflejan la ideología equivocada en la que se ha basado el Tribunal al prohibir los crucifijos en la escuela italiana por petición de una madre atea:

1. «El derecho a la libertad religiosa puede significar sólo su ejercicio; el significado de ‘libertad de religión’ no tiene nada que ver con la creación de una sociedad ‘libre de religión’».

2. «Sacar a la fuerza el símbolo de la cruz es una violación, como lo sería obligar a los ateos a colgar ese símbolo».

3. «La pared blanca también es una declaración ideológica, especialmente si en los primeros siglos no podía estar vacía».

4. «Un estado neutro respecto a los valores es una ficción, a menudo utilizada con un objetivo propagandístico».

5. «No se pueden combatir los problemas políticos luchando contra la religión, el fundamentalismo antirreligioso se hace cómplice del fundamentalismo religioso cuando provoca la intolerancia».

6. «La mayor parte de las personas afectadas querría mantener la cruz», declara Kugler. «Es un problema de política democrática, dando desvergonzadamente prioridad a los intereses individuales».

7. «¿Un estado neutro hacia los valores? ¿Contra el fraude y la corrupción? ¿Contra la xenofobia y la discriminación?, se pregunta Kugler.

8. «¿Un estado que bendice a los neonazis, permite la pornografía, favorece ciertas formas de ayuda al desarrollo y otras no, todo por valores neutrales?».

9. «Obviamente, los padres ateos pueden sentir que sus hijos son molestados por la cruz en clase, pero eso es inevitable».

10. «Puede molestarme ver una fotografía del presidente federal, al que no he votado, al entrar en una oficina de correos. La influencia, los signos ideológicos, las presencias visuales existirán siempre y en todas partes».

11. «La única pregunta es cómo y qué contienen los signos».

12. «El Estado debe intervenir sólo de manera muy moderada, y si lo hace, no debe ser sólo con prohibiciones que encierran a la religión en un gueto».

Quinto centenario de Calvino

Desde las páginas de Il Domenicale, Augusto Zuliani reflexiona sobre la vigencia de ciertos aspectos relacionados con la obra y biografía de Calvino. Si miramos atentamente su herencia está formada básicamente de fanatismo e intemperancia, de subjetivismo y poder inmisericorde. ¿Realmente vale la pena celebrarla?»

2009 es un año importante para la capital alemana: 20 años de la caída del Muro, 60 de la fundación de la República Federal y 500 del nacimiento de Calvino (1509-1564). Los dos primeros forman

parte de pleno derecho de la historia no solo de Berlín y de Alemania, sino de Europa; por el contrario puede provocar sorpresa la iniciativa de dedicar al reformador franco-suizo una gran muestra en el Museo de Historia Alemán.

Los motivos que justifican dicha iniciativa son diversos. Entre ellos la historia de la ciudad, que a partir de la segunda mitad del siglo XVII acogió un número creciente de hugonotes (los calvinistas franceses), sobre todo después de la revocación del edicto de Nantes en 1685.

A principios del siglo XVII los hugonotes berlineses eran cerca de seis mil, un cuarto de la población de la ciudad, concentrados en los barrios occidentales de la ciudad y en torno al Gendarmenmarkt, donde se encuentra el Französischer Dom, construido entre 1701 y 1705 y aún hoy en día templo de los cristianos reformados franceses de Berlín y sede del Museo de los hugonotes.

Desde entonces los hugonotes han tenido una notable influencia sobre la vida de Brandenburgo. De orígenes hugonotes es, por ejemplo, la familia de Maizière, cuyos miembros han tenido y tienen aún un papel importante en la vida política alemana: el general Ulrich de Mizière, fallecido en 2006, fue inspector general de la Bundeswehr de 1966 a 1972 y su hijo Thomas es desde 2005 ministro federal y jefe de la cancillería en el gobierno de Angela Merkel, con quien le une una vieja amistad. Su sobrino Lothar, en 1990, participó en calidad de último presidente de la RDA, en el proceso de reunificación de Alemania.

Otro motivo para la importante muestra berlinesa, y más profundo, se refiere a la presunta ac-

tualidad de Calvino que, según algunos, podría convertirse en símbolo de los tiempos actuales: para algunos se reviste de las vestiduras de teólogo oficial de esa nueva religión que, para usar las palabras de Gianni Vattimo, adora al «Dios relativista»; para otros Calvino puede ser interpretado como una especie de mediador socio-cultural para las múltiples, centrifugas, identidades de una Unión Europea de perfil vago y destino incierto.

De hecho, el pensamiento de Calvino parece en sintonía con el actual *Zeitgeist* por diversos aspectos. El principal, se refiere a su feroz hostilidad hacia la Iglesia católica, de la que dio un claro testimonio participando en el *affaire des placards*, cuando, la noche del 17 al 18 de octubre de 1534, sobre los muros de las calles de París y de otras ciudades francesas se pegaron manifiestos (redactados e impresos en Neuchâtel por el protestante Antoine Marcourt) que atacaban violentamente el sacramento de la Eucaristía y los «horribles, grandes e insoportables abusos de la misa papal». Uno llegó a colocarse en la puerta de la habitación del rey Francisco I, en el castillo de Amboise.

El gesto preparará el terreno a las guerras de religión que convulsionaron Francia en la segunda mitad del siglo XVI, ya que el soberano francés, indignado, ordenó la represión contra los protestantes. Calvino, que ya el año precedente había participado en la redacción del discurso del rector de la

Sorbona Nicolás Cop, notoriamente anticatólico, consiguió escapar y refugiarse cerca de Angulema bajo el nombre de Charles d'Espeveille, de donde pasó a Ferrara, Estrasburgo y finalmente a Basilea, donde en marzo de 1536 publicó su obra más famosa. *Christianae Religionis Institutio*, traducida al francés en 1541.

Esta obra, sobre la que Calvino trabajó a lo largo de toda su vida, aumentándola de los seis capítulos iniciales a ochenta, marcó una ruptura incurable con el catolicismo y limitó de hecho los sacramentos a uno solo, el bautismo, pues la comunión, para el líder protestante, tenía solamente valor simbólico y conmemorativo, negando así (al contrario de Lutero) la transubstanciación.

Se derivó de ahí también la eliminación de cualquier organización eclesiástica, aunque, por una paradoja, precisamente esta ausencia favoreció la deriva teocrática que se concretó en 1541, cuando Calvino regresó a Ginebra, de la que había sido expulsado en 1538 por fanatismo, para ejercer, hasta su muerte, un poder absoluto sancionado por las *Ordonnances ecclesiastiques* que castigaban con la muerte a blasfemos, herejes, brujas y brujos.

En 1545, en pocos meses, 34 mujeres acusadas de haber difundido la peste fueron torturadas y quemadas delante de las casas que pretendidamente habían «untado». Ya en 1533 fue ejecutado el español antitrinitario Miguel Servet. Para defender su poder, Calvino

empleó tales medios que la Inquisición puede, en comparación, jactarse de dulzura. En Ginebra, ciudad entonces de 20.000 habitantes, en sólo 18 años condenó a muerte por motivos religiosos a 58 personas, 76 al exilio y a cerca de ochocientas a penas menores.

En la génesis de este pensamiento totalitario encontramos la frecuentación de los círculos anabaptistas: durante su permanencia en Estrasburgo, entre 1538 y 1541, Calvino tuvo relación con Jean Stordeur, originario de Lieja, de donde había sido expulsado junto con su mujer. Calvino estableció lazos de profunda amistad con la comunidad anabaptista y, al fallecer Stordeur, se casó con su viuda, con la que tuvo tres hijos, todos muertos a una tierna edad.

Otro aspecto que hace actual a Calvino es su cosmopolitismo. Al contrario de Lutero que, aparte de su breve estancia en Roma en 1510, no abandonó nunca Alemania, y de Zwinglio, que salvo una estancia en Marburgo, en 1529, vivió siempre en Suiza, Calvino viajó mucho, por diversas regiones de Francia, Suiza, Italia o Alemania. La actualidad de Calvino se traduce pues en una síntesis alquímica de nomadismo intelectual y de individualismo económico, privatización de lo sagrado y teocracia puesta al día con el «Dios relativista». Por eso, la cuestión de fondo es que la herencia del reformador ginebrino no puede ser más inquietante para la Europa de hoy.

Pensamientos del Cura de Ars

Estamos en este mundo, pero no somos de este mundo, ya que decimos cada día: «Padre nuestro que estás en los cielos...». Tenemos pues que esperar para nuestra recompensa a estar «en casa», en la casa paterna.

Actualidad ineludible de la realeza de Cristo

El número de hace sesenta años estaba todo él dedicado a Cristo Rey y se abría con una exhortación pastoral del obispo de Barcelona, monseñor Gregorio Modrego Casaus, en la que después de recordar la institución de la fiesta por Pío XI, glossaba la realeza de Cristo en el Salterio y en el diálogo con Pilatos. Después denunciaba el rechazo de este título y las nefastas consecuencias que para la sociedad –para la justicia y para la paz– ha tenido el no querer reconocer a este Rey. El doctor Modrego exhortaba a sus diocesanos, entre los que se debían contar los redactores de CRISTIANDAD, con estas palabras: «La fiesta de Cristo Rey ha de ser para todos un fuerte recordatorio de los deberes que nos impone ese noble vasallaje, y un estímulo para comportarnos como súbditos de ese gran Rey».

A continuación, la revista reproducía, íntegra, la encíclica de Pío XI Quas primas, sobre la realeza de Cristo y la institución de la fiesta; y se

acompañaba de artículos del sacerdote Pablo Termes Ros (que comentaba extensamente los textos bíblicos citados en la encíclica), del padre José M.^a Murall, S.I., de Jaime Bofill, de María Asunción López, de Pedro Basil y de Fernando Serrano, director de la revista. Cualquiera de ellos merece ser reproducido. Hemos escogido el último porque reivindica una actualidad que sigue siendo plenamente cierta sesenta años después, y evidencia el fracaso de los remedios humanos para alcanzar la justicia y la paz.

En este número dedicado al sacerdocio, recordemos también otro artículo, el de mosén Martirián Brunsó, dedicado a un contemporáneo de san Francesc Coll, el doctor Joaquín Masmitjà (1808-1886), un celoso sacerdote gerundense, fundador de las Religiosas Hijas del Santísimo Corazón de María, uno de tantos fundadores que en el siglo XIX enriquecieron la Iglesia en Cataluña y la hicieron misionera.

Ciertamente no fue a humo de pajas ni a la ligera como se tomó el acuerdo acerca del lema que debía campear en el distintivo de nuestra revista.

Al igual que antiguamente nobles y caballeros añadían a su escudo de armas un lema, que venía a ser norma y compendio de su actitud y condición, y tal cual aún hoy día se hace por los dignatarios de la Iglesia en sus propios escudos, se decidió adoptar por escudo una campana, que repite sin cesar siempre el mismo sonido, y por lema el «Clama, ne cesses» de León XIII.¹

Con esta proclamación de principios nadie puede llamarse a engaño. Quedó y queda bien patente cuál es nuestro intento. Repetir, recordar lo ya dicho, reiterar lo expuesto, de forma que quien no haya oído el sonido de la campana en el primero, segundo o tercer golpe de badajo, pueda darse cuenta en el cuarto.

No cabe admirarse de nuestra consciente repetición. No es agotamiento de materias, en sí inagotables, ni comodidad de redacción. Es deliberado propósito y premeditado plan.

Si tal lo hemos adoptado, hemos de hacer honor a nuestro lema.

Actualidad de la fiesta de Cristo Rey

¡Qué mejor tema y ocasión para demostrarlo que el de la realeza de Jesucristo! Esa idea, ese reinado, cuya esencia y necesidad de advenimiento constituyen el eje de nuestro empeño.

Pluma mucho más autorizada que la nuestra ha expuesto magistralmente este tema² y ante ello poco podremos añadir, pero no queremos dejar que pase tan señalada fiesta sin que se haga sentir el tañido de nuestra campana.

A poco que se analicen los escritos de Pío XI, puede advertirse cómo adopta la táctica de repetir, de tratar con insistencia en todo su pontificado una misma idea, aprovechando cuantas ocasiones se le presentan para darla a conocer al pueblo cristiano.

«Pío XI tiene fe, fe viva e incommovible en la idea de Cristo Rey; para Pío XI la idea de Cristo Rey, del Reino de Cristo, es una de aquellas ideas-fuerza que se abren camino, vencen y avasallan; difúndase esta poderosa idea y ella conquistará el mundo, lo salvará de la ruina y le comunicará la paz verdadera, la paz de Cristo».³

2. Vid, *Cristiandad*, núm. 39.

3. Ramón Orlandis. S.I., *Hacia el cuarto Año Jubilar*, pág. 70.

1. León XIII, encíclica *Letitiae*.

Empieza con la encíclica *Ubi arcano*, donde expone el programa de su pontificado, puntualiza los males que afligen su época y cifra su ideal en la fórmula «La paz de Cristo en el Reino de Cristo». Colma este pensamiento con la encíclica *Quas primas*, institucional de la fiesta de Cristo Rey; lo desarrolla nuevamente a través de la *Miserentissimus Redemptor*; y hasta los postreros momentos de su vida prosigue reiterándolo sin cesar.

En su último escrito, en la carta al episcopado filipino de 18 de enero de 1939, aparecida precisamente el mismo día de su muerte, aún dentro del tema de la Acción Católica que la inspira, halla motivo para insistir, diciendo:

«... En primer lugar, es necesario trabajar incansablemente a fin de que Cristo vuelva a ocupar su trono en la familia. “Jesucristo reina en la sociedad doméstica”, dijimos en la encíclica *Ubi arcano*, cuando...»

¡Admirable enlace del principio con el fin de todo un pontificado dedicado a insistir sobre el mismo ideal!

Termina la citada carta con palabras, claro exponente de la constante preocupación, que vienen a ser cual eslabón final que enlaza y cierra el primero de la cadena, simbolizadora del vigor de esta idea-fuerza, a la par que perfecta expresión de ciclo cerrado de ideas:

«... Suplicando se digno acoger benignamente nuestra plegaria por la prosperidad religiosa y moral y por el verdadero progreso de vuestro pueblo, en la paz amable y benéfica del Reino de Cristo».

Tras dichas palabras su pluma enmudeció. Su pensamiento quedó bien patente hasta el último instante de su vida.

Y si esto hace un pontífice, que no cesa de clamar y repetir la misma idea, ¿qué no habremos de hacer nosotros, que pretendemos ser eco de su voz?

El testimonio de Pío XII

Como pudiera ser que a alguien le ocurriera pensar que estas cosas pertenecen a un relativo pasado; que se trataría del empeño personal de un papa ya fenecido y que quizá hoy no sean temas de tan presente actualidad, vamos a recurrir a nuevos y más recientes testimonios.

Con ser tanta y tan vigorosa la argumentación contenida en la encíclica *Quas primas*, que es especial objeto de exposición en otro lugar de este número, creadora de la fiesta de Cristo-Rey, adelantándonos a cuantos puedan creer que sólo en ella y a través de su perfecto silogismo de hechos y secuencias se patentizan todas las excelencias de esta fiesta, vamos a tomar un documento más reciente, debido al papa actualmente reinante, que, con certero empeño de descartar esa sutileza, quiere a su vez empezar sus escritos recogiendo y reiterando cuanto en este sentido dijera su predecesor, entrando a loar la grandeza de la fiesta que nos ocupa y haciendo del Reinado de Cristo el alfa y omega de su pontificado.

En la encíclica *Summi pontificatus*, de 20 de octubre de 1939, nos dice:

«Al poner esta primera encíclica de nuestro pontificado, con el corazón rebosante de confiada esperanza, bajo la insignia de Cristo Rey, nos sentimos absolutamente seguros de la unánime y entusiasta aprobación de toda la grey del Señor».

¿Habrá comprendido realmente toda la grey del Señor el alcance de esa insignia, de esa realeza, y habrá sido capaz de dar su consciente aprobación?

Actualidad de presente y actualidad de momento

Con aquellas palabras de Pío XII queda bien patente que por su parte no considera caduco el pensamiento de su predecesor, sino que, bien al contrario, se apresura a recogerlo como fórmula salvadora.

Más aún; sostenemos que no sólo es actual la idea porque así haya sido actualizada por el Pontífice, sino que concurre en ella una actualidad de momento, de circunstancias, de oportunidad y hasta de necesidad.

Sobradamente sabido es que la idea de la realeza de Cristo no es nueva; no es una ocurrencia o invención de nuestros días, una fórmula de emergencia concebida para llenar el vacío de los tiempos presentes. Llenos están de ella el Antiguo y el Nuevo Testamento. Fue proclamada en el concilio nicense como dogma, con la expresión adicionada al Credo: «Cuius regni non erit finis» y forma parte repetida del rezo y la liturgia cristianas.

Pero si no es actual su esencia, por ser atributo consustancial del Verbo, es de actualidad de momento su virtualidad, su fuerza y su expresión.

Ha vivido latente en el seno de la Iglesia hasta venir el tiempo de su manifestación y desarrollo. Era preciso que llegasen los últimos tiempos, que fuera negada la soberanía de Jesucristo, haciendo así más necesaria la proclamación de su realeza, que llegara a darse el complejo de circunstancias de nuestros días, para que se evidenciase su necesidad, patentizando la enorme y exclusiva fuerza de esa idea salvadora.

Miseria de espíritu: necesidad espiritual

Sigue diciendo Pío XII en su primera encíclica que comentamos:

«... En la introducción de la fiesta de la realeza de Cristo por nuestro predecesor inmediato, de feliz memoria, han brotado inefables bienes para un sinnúmero de almas: “Impetuoso río alegra la ciudad de Dios”. ¿Qué época necesitó más que la nuestra de tales bienes? ¿Qué época sufrió el tormento de vacío espiritual, de profunda indigencia interior más que la nuestra, a pesar de toda clase de progresos en el orden técnico y puramente civil? ¿No se le pueden, quizá, aplicar las palabras reveladoras del Apocalipsis: Dices: rico soy y opulento, y de nada necesito; y no sabes que eres mísero y miserable y pobre y ciego y desnudo».

Grande es la riqueza del presente; nunca como ahora se manejaron sumas y fortunas tan fabulosas, ni fue

tan completa la capacitación para el aprovechamiento de los bienes de la naturaleza. Grande es también el avance del progreso técnico; en menos de un siglo se ha avanzado incomparablemente más que en decenas de las centurias precedentes. La técnica ha dotado al hombre de medios maravillosos, de poderes y facultades hasta hace bien poco desconocidos, y con ellos ha seguido incrementando siempre aquella misma riqueza.

¿Ha sido tanto el afán por el progreso del espíritu?

Un creciente vacío espiritual es cuanto hallamos, por contraposición, en ese sentido. La marcha en pos del incremento de los bienes mundanos, el ensimismamiento obsesivo tras nuevos avances de la técnica, no son climas propicios para el desarrollo del espíritu.

Se vive con la obsesión del progreso; cada día nuevas máquinas absorben nuevas inteligencias para mejorarlas o superarlas, para hacerlas más y mejores instrumentos de riqueza y de poder.

Un coche de caballos fue análogo durante quince siglos; en cambio, un automóvil modelo 1949 será anticuado en 1950. El ansia de superación impelerá a desear lograrlo, a buscar los medios materiales para conseguirlo. Y como con él, sucede con tantas otras máquinas e instrumentos.

En nuestra época de proclamada libertad somos más esclavos que nunca: Dices, rico soy y opulento; y no sabes que eres mísero, miserable y pobre.

Reina despótico el poder de la fuerza y del dinero; contra ese despotismo nada podría lograr otro poder igual, que bien al contrario no haría sino estimularlo y acrecentarlo en la pugna que se establecería. Sólo cabe contraponerle la realeza del que es insuperable, el reinado pacífico y libertador de Cristo y de su amor, alieno vital del mismo.

Incredulidad y error: necesidad intelectual

Si el espíritu no progresa, si el clima en que ha de vivir no le es propicio, necesariamente ha de seguirse su flaqueza y, con ella, la pusilanimidad y la desviación. El ánimo queda propicio a la claudicación y crecen frondosos los errores.

Así nos lo da a entender el Papa actual en su encíclica que seguimos comentando:

«¿Quién podrá mirar sin profundo dolor cómo semejantes desviaciones preparan una trágica cosecha en los que, en días de calma y de seguridad, se agrupaban entre los seguidores de Cristo, pero que, desgraciadamente, cristianos más de nombre que de hecho, en la hora en que es menester perseverar, luchar, sufrir, hacer frente a las persecuciones ocultas o descubiertas, sucumben víctimas de la pusilanimidad, de la incertidumbre, de la debilidad, y, aterrorizados ante los sacrificios impuestos por su profesión cristiana, no encuentran fuerza para beber el amargo cáliz de los fieles de Cristo?»

Ante éstos se despliegan las banderas del Rey que convoca sus milicias, en las que no caben tibiedades

ni flaquezas; si las siguen, Cristo, sumo capitán, les ofrece hacerles partícipes de su victoria.

En cuanto a la secuencia de errores, nos dice Pío XII:

«... Se puede esperar que esta hora de máxima indigencia cambie la manera de pensar y de sentir de muchos que hasta ahora, con ciega confianza, avanzaban por el camino de los errores modernos, tan extendidos sin sospechar lo insidioso e incierto del terreno que pisaban... Las angustias del presente son la apología más impresionante del cristianismo, tal que no puede haberla mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos, que constituyen una condenación cuya eficacia supera a toda refutación teórica.»

Errores y movimientos anticristianos oscurecen los tiempos actuales. A la desviación del error se suma la desorientación de su fracaso. Bien podría decirse con la frase evangélica que «las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra».⁴

Remedio de la obscuridad es la luz; remedio de esas tinieblas es una sola y única luz: «La luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo».⁵

Contra el reino del error sólo cabe el reino de la Verdad, el reino de aquel que dijo: «Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad».⁶

Apocalípticas previsiones: necesidad material

No son sólo las angustias espirituales, las congojas del ánimo y las vaciedades del espíritu las que hacen actualidad necesaria la realeza de Cristo, lo son también los temores y previsiones de orden material.

En estos días en que el mundo vive la conmoción producida por el anuncio de la existencia cada vez más difundida de terribles artefactos bélicos, de su creciente poder destructor y de su temido empleo por quienes no vacilarán en llegar al aniquilamiento de nuestra civilización en bien de su propio progreso y beneficio, tienen más vigor que nunca las palabras de Pío XII en otro lugar de la *Summi pontificatus*:

«... Precisamente ante esas apocalípticas previsiones de inminentes y futuras desventuras, juzgamos como deber nuestro levantar con creciente insistencia los ojos y los corazones de los que todavía conservan un sentimiento de buena voluntad hacia el único de quien viene la salvación del mundo; hacia el único que con mano omnipotente y misericordiosa puede poner fin a esta tempestad; hacia el único que con su verdad y amor puede iluminar las inteligencias y encender los ánimos de una parte tan ingente de la humanidad sumergida en el error, en el egoísmo, en altercados y luchas, para encaminarla nuevamente conforme al espíritu de la realeza de Cristo.»

4. Mt 27,45.

5. Jn 1,9.

6. Jn 18,37.